

Este libro aborda algunos aspectos poco explorados del pasado reciente uruguayo. Si bien existe una abundante producción sobre el período, la dictadura propiamente dicha había sido menos estudiada que sus prolegómenos y la transición de vuelta a la democracia. A partir de ese diagnóstico, Demasi, Marchesi, Markarian, Rico y Yaffé tratan de aportar visiones renovadas sobre las políticas impulsadas por el gobierno autoritario en materia de economía, cultura, relaciones exteriores, institucionalidad estatal y relación con los partidos políticos. La obra contiene capítulos específicos sobre cada uno de esos aspectos, evaluando el grado de innovación y ruptura del período dictatorial, la articulación de agentes que participaron en dichos emprendimientos, así como algunos de los consensos, tensiones y oposiciones que surgieron en la sociedad civil. La investigación incluyó el relevamiento y sistematización de la bibliografía existente, así como el examen de fuentes primarias diversas como diarios, revistas, estadísticas, impresos y archivos oficiales, actas de organismos deliberativos y documentos audiovisuales, por nombrar algunas. Aunque todavía queda mucho por conocer y muchos repositorios documentales por abrir, en este trabajo se reflejan esas importantes novedades en las relaciones del Estado y la sociedad uruguaya con su pasado y pretende incorporar miradas diferentes a una historia aún en construcción.



BANDA ORIENTAL

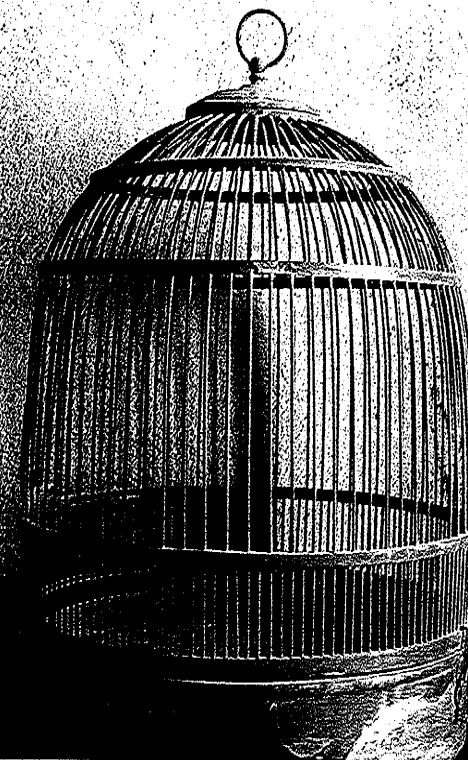
989.5066

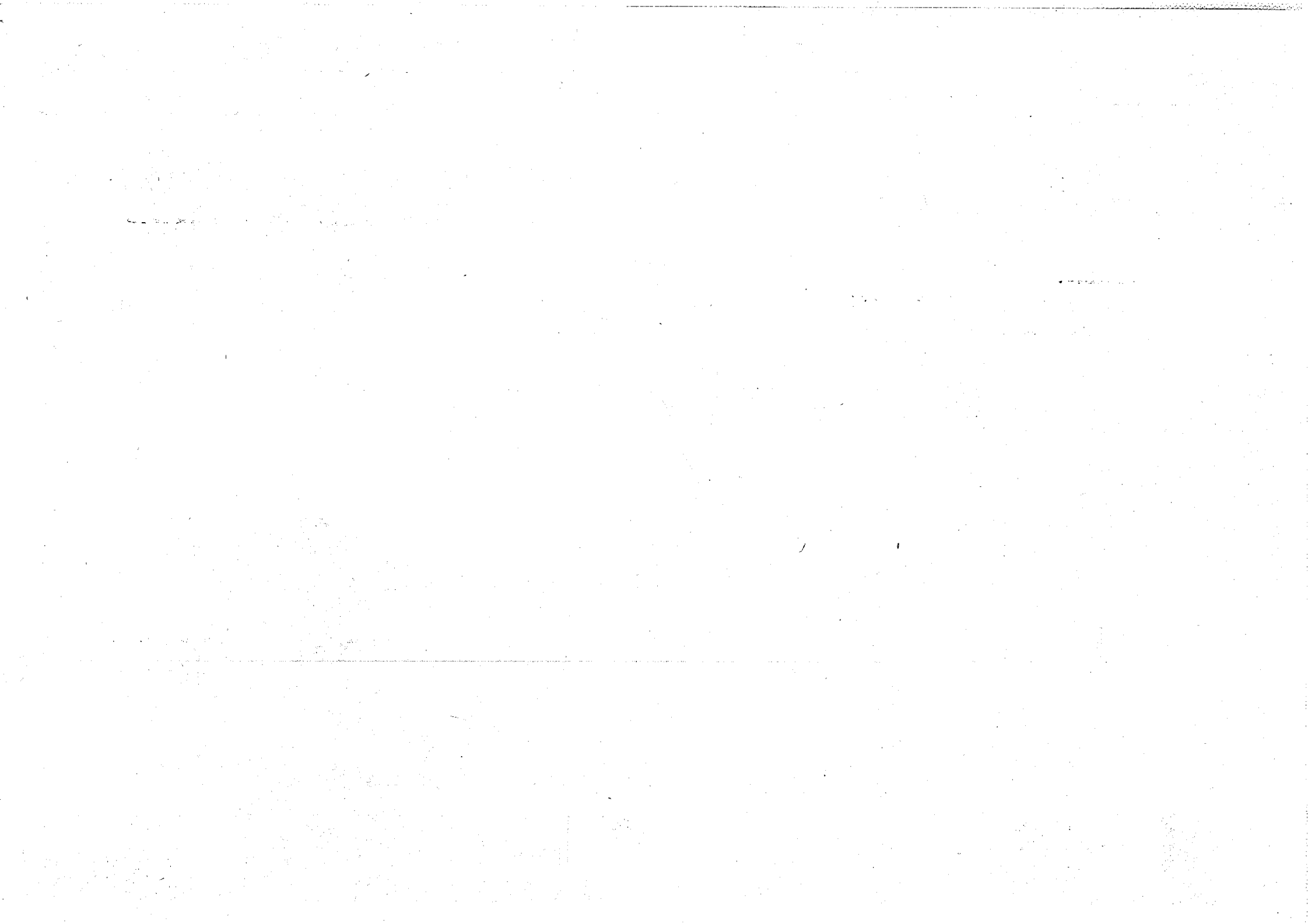
La dictadura Cívico-Militar
Uruguay 1973-1985
Carlos Demasi, Aldo Marchesi, Vania Markarian, Alvaro Rico, Jaime Yaffé

La dictadura Cívico-Militar Uruguay 1973-1985

**Carlos Demasi, Aldo Marchesi, Vania Markarian,
Alvaro Rico, Jaime Yaffé**

Ediciones de la Banda Oriental





una situación de hecho de más o menos larga duración [...] para empezar a atisbar, y algo más que *atisbar, a transitar un camino que vaya acercando el país a su normalidad institucional, a su normalidad jurídica y a su normalidad política*".¹⁷³

La incorporación de mediaciones textuales entre la propuesta y la definición de objetivos finales refleja la enorme distancia que todavía se percibía entre la evaluación de la situación del momento y las todavía lejanas posibilidades de finalización del régimen. A pesar de su exitosa presentación, el bloque opositor se manifestó incapaz de hacer que el régimen se sentara a la mesa a negociar la nueva hoja de ruta, y nuevamente sería la dictadura la que generaría los próximos movimientos, cuando la Comisión de Asuntos Políticos (COMASPO) convocara a los partidos.

3. La crisis del régimen (1981-1985)

La construcción del relato de la transición hecho desde la perspectiva de su final e iniciado con el plebiscito constitucional de 1980, nos ha llevado a pensarlo como un proceso de desenlace fatal que sólo se vio obstaculizado por la obstinación de algunos militares o por la torpeza o la ambición de algunos dirigentes políticos. Sin imaginar panglossianamente que fue "la mejor transición posible", creo que las reconstrucciones minimizan las dificultades que debieron superarse para llegar a las elecciones; por esa razón la descripción de este periodo reclama una cautela particular, porque los datos no ratifican este optimismo. En su libro, Gillespie califica de "tortuosa" a la transición uruguaya, y me parece oportuno rescatar el adjetivo porque alude de manera bastante precisa a las dificultades del proceso.

a) Las condiciones de una "tortuosa transición"

La COMASPO recién rompió el silencio en julio, y sin previo aviso convocó a los delegados de los partidos para comunicarles un nuevo plan político donde aparecía claramente definido el inicio de un período de transición a partir de la próxima designación presidencial: el 1º de setiembre se iniciaría un período presidencial más breve; en su transcurso se pactaría con los partidos una reforma constitucional y terminaría con la entrega del poder a quien triunfara en las elecciones de noviembre de 1984. Tanto había cambiado el ánimo de la oposición que demoraron en asimilar el sentido de la expresión "transición": no parecen haber percibido inmediatamente si lo que había era un simple cambio de ritmo en un proceso ya planificado o si se había modificado la perspectiva de futuro del régimen. Algunos dirigentes siguieron reclamando la "apertura", que tenía un sentido más claro ya que su uso no registraba antecedentes durante el régimen militar, mientras que la palabra "transición" ya circulaba desde mucho antes. Pero en las semanas previas a la designación presidencial de G. Álvarez, sufrió un cambio importante de sentido y pasó a designar un tiempo "preparatorio de la normalidad institucional a la que se retomaría una vez transcurrido dicho período",¹⁷⁴ según la tautológica expresión de Tarigo. Esto podía interpretarse de muchas formas, y en el pasaje desde la situación de dictadura hasta el funcionamiento de alguna forma de democracia restaurada, no quedaba claro qué forma tendría esa "normalidad institucional".

¹⁷³ "El camino del entendimiento", *Opinar*, 11 de junio de 1981, 3. Énfasis míos.

¹⁷⁴ "Una semana que conmovió al Uruguay", *Opinar*, 16 de julio de 1981, 6.

Puede decirse que las características de la transición en Uruguay estuvieron fuertemente condicionadas por la matriz de su inicio. Si bien, y como en otros casos, la transición uruguaya se inició a partir de una declaración hecha por el régimen militar, en este caso no aparecía "articulada a procesos de crisis y erosión-recomposición del régimen autoritario (debilitamiento de sus bases sociales de apoyo, fracaso económico, aislamiento internacional)", como propone L. de Riz.¹⁷⁵ Tampoco vendría acompañada de las características que, según O'Donnell y Schmitter, identifican los procesos de transición: "La señal típica de que se ha iniciado una transición es que estos gobernantes autoritarios, por cualquier motivo, comienzan a modificar sus propias reglas con vistas a ofrecer mayores garantías para los derechos de los individuos y grupos"¹⁷⁶. Es claro que ese proceso de ampliación del marco garantista no se produjo en el caso uruguayo; la censura de prensa y las detenciones de periodistas y militantes políticos continuaron hasta pocos meses antes de las elecciones, y todavía había varios centenares de presos políticos y muchos problemas pendientes cuando asumió el gobierno al año siguiente.¹⁷⁷

Si bien el carácter sorpresivo del inicio y su indefinición inicial han desaparecido de la mirada de los analistas (incluido el temprano análisis de las consecuencias del plebiscito que realizara Luis E. González, en mayo de 1982¹⁷⁸), es perceptible el efecto que tuvo este largo silencio oficial posterior al recuento de votos, seguido por una decisión sorpresiva e inconsulta. El tramo de silencio del gobierno le permitió recuperar la iniciativa, y la distancia con la campaña del plebiscito significó la construcción de un tiempo diferente que no estaba marcado por la continuación de aquel debate; eso explicaría por qué los militares pudieron dejar de lado "la posibilidad de negociar los términos y el ritmo del cronograma".¹⁷⁹ La característica del anuncio lo mostraba

¹⁷⁵ Liliana de Riz: "Uruguay: la transición desde una perspectiva comparada", en Gillespie Ch., L. Goodman, J. Rial, P. Winn: *Uruguay y la democracia* (Montevideo, EBO, 1985), III, 121-139.

¹⁷⁶ O'Donnell, Guillermo y Philippe Schmitter: *Transiciones desde un gobierno autoritario. Conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas*, (Buenos Aires: Paidós, 1991), IV, 91. Un resumen de las explicaciones en Gillespie, Ch.: "Negociando la democracia", cit. Explicaciones elaboradas en la época, ver Rial, J.: "Los partidos políticos: ¿restauración o renovación?", en Rial, J.: *Partidos políticos, democracia y autoritarismo* (Montevideo: EBO-CIESU, 1984), II, 51-89; Solari, A.: "El proceso de redemocratización en Uruguay", en Solari, A., *Uruguay. Partidos políticos y sistema electoral*, (Montevideo: FCU, 1991), 227-254.

¹⁷⁷ En julio de 1984 el Gral. Rapela afirmó que la transición a la democracia no comenzaría hasta la instalación del nuevo gobierno en marzo (Gillespie, *Negociando...*, cit., 148); al año siguiente el Senador colorado y ex Comandante de la Armada, Juan J. Zorrilla, decía: "...no hubo ninguna transición. Lamentablemente, tenemos que estar haciendo la transición en este gobierno democrático y pagando las consecuencias de una transición que no se hizo cuando tenía que haberse hecho." (*Búsqueda*, 29 de agosto de 1985, 4).

¹⁷⁸ Poco después de las elecciones internas, Luis E. González describía así las perspectivas de la transición: "...no hay razón visible que imponga la interrupción del proceso. Proceso que lenta pero efectivamente lleva dos años de marcha y, pese a la lentitud en el detalle, ha llevado a un paisaje político muy distinto al existente en sus comienzos. No es necesario que desemboque en la restauración democrática, pero si llegó hasta aquí, de acuerdo a la vieja regla de la improbabilidad relativa de los saltos bruscos la conjetura más plausible es que seguirá su curso". Ver González, L., *Uruguay: una apertura...*, cit., 31. Énfasis mío.

¹⁷⁹ Achard, *La transición...*, cit. 17.

como una concesión del régimen, y como tal podía ser revocada en cualquier momento. Esto influyó de manera visible durante las conversaciones para definir el estatuto de los partidos políticos (en las que el gobierno pudo fijar los ritmos y las pausas) y en la campaña de las internas, en la que los militares pudieron marcar con mucha fuerza el espacio de los discursos permitidos y donde los políticos estuvieron permanentemente bajo amenaza de proscripción.

La indefinición específica de lo que el gobierno entendía por "transición" mantuvo por mucho tiempo un amplio margen de inseguridad; para algunos militares la designación de Álvarez significaba un paso en el camino hacia la entrega del poder a los civiles (y de allí la fijación de un período presidencial de duración más breve), mientras que desde el entorno de Álvarez se hacían otras lecturas que hablaban del cumplimiento de "metas" sin atarse a "calendarios rígidos". Sugestivamente y a pesar de que la estructuración de la transición los transformaba en participantes ineludibles, desde la oposición estas diferencias fueron percibidas como un riesgo para la culminación de la transición y no como una oportunidad para hacer pesar un cronograma alternativo. Como resultado, cuanto mayor elasticidad se le daba a las etapas, más se incrementaba el margen de incertidumbre. El sentido de la "transición" que se anunciaba tendría entonces una interpretación difusa y muy dependiente de un contexto que era muy variable.

Esta configuración tan volátil que apuntaba a la realización de elecciones en el mediano plazo, proporcionaría el marco para la transición hacia la democracia, y en él tendrían que incorporar sus estrategias los diferentes partidos. Gradualmente estos fueron comprendiendo y aprendiendo la lógica del proceso, lo que los acercaba a la posibilidad de promover una configuración más favorable de lo que debía entenderse por "transición" y de cuál sería su resultado final. Esto significa que el sentido de la "transición" fue variando a lo largo del mismo proceso de transición y que su resultado se explica más bien por la variable ecuación de los agentes, generada por decisiones adoptadas en el marco de contingencias muy variables. Pero la combinación de transición y proceso electoral presentada por los militares agregaba otra dificultad para la coordinación de la oposición. Una etapa de transición que termina con una elección presidencial implica la superposición de dos procesos distintos: la desestructuración del régimen autoritario, y la campaña electoral. Esto requiere el despliegue de dos operaciones políticas que reclaman estrategias diferentes: en la lucha por la reinstauración de los derechos y las garantías, todos los partidos deben presentar un frente unificado para arrancar a la dictadura la mayor cantidad posible de concesiones que faciliten la acción de la sociedad civil; mientras que en la perspectiva de la elección, cada partido debe perfilarse con nitidez para diferenciarse del resto. Si bien puede pensarse que en el final del proceso la campaña electoral terminará sustituyendo al reclamo institucional, estas dos operaciones políticas no son etapas que se desarrollen sucesivamente sino que operan simultáneamente y van configurando las situaciones políticas de manera compleja según las decisiones de los agentes. El pasaje de una actitud "dialoguista" con el régimen a una actitud de competencia electoral depende solamente de la decisión de cada agente, pero en un campo tan dinámico los

efectos de tales decisiones resultan incontrolables. Si un partido adoptara una estrategia audaz y se perfilara prematuramente con demasiada fuerza, podría ser acusado como responsable de "romper el frente opositor" y debilitar las posibilidades de arrancar concesiones del régimen; por el contrario, si desarrollara una línea muy apegada al resto de los partidos, quedaría desdibujado y perdería posibilidades en el momento de reclamar los votos.

También hay que considerar el efecto simultáneo y recíproco del proceso de transición política sobre el marco institucional, lo que hace que las normas de relacionamiento y el espacio de legitimidades estén en continuo cambio. Por eso, es una instancia particularmente crítica la forma como cada uno de los partidos evalúe los sucesivos momentos del proceso de transición y la consiguiente definición de su línea de acción. Como veremos, el campo opositor se reconfigura permanentemente según las acciones de sus integrantes; cada gesto político relevante incide de manera perceptible en las decisiones de los otros agentes y genera una cadena de consecuencias que resultan imprevisibles. Por todas estas razones la transición estuvo permanentemente marcada por la incertidumbre, y esta condición aleatoria debe tomarse en cuenta para no caer en la tentación de los análisis lineales cuando se pretenda evaluar las opciones disponibles para los agentes en cada momento: ningún participante o grupo de ellos, puede definir a priori el trayecto de la salida según su conveniencia y luego imponérselo a los otros. Al contrario, en un campo tan volátil parecía más adecuada una estrategia flexible que permitiera adaptarse a circunstancias cambiantes; pero si las opciones estratégicas de un dirigente han seguido un recorrido demasiado zigzagueante, luego puede resultar difícil de defender ante los electores. La dificultad para la definición se incrementa aun más cuando se tiene presente que el número de participantes partidarios es un dato relevante para definir cualquier estrategia, y este no estuvo definido sino hasta muy avanzada la transición. Durante mucho tiempo hubo dos agentes que pugnar por incorporarse: el Frente Amplio (que logró su objetivo) y el "partido del proceso" promovido por el Gral. G. Álvarez, que finalmente quedó fuera del juego. La existencia de estos dos proyectos —aunque la de uno de ellos fuera solamente discursiva y a nivel de posibilidad— ejerció una presión fácilmente perceptible sobre el conjunto de los otros agentes, hasta que el tardío ingreso del Frente Amplio puso a todos en la obligación de redefinir, con más o menos éxito, la propia estrategia.

Este dinamismo también provocó conflictos en la interna de los partidos, que resultaban amplificados en el cambiante contexto de la transición. Muchas veces se hicieron públicas las divergencias de opinión entre los dirigentes o los conflictos entre los que permanecieron en el país y los que debieron emigrar. Por su parte en las FF.AA. se mantuvo la inercia de sus propios conflictos internos, que sólo habían podido disminuir con dificultades desde 1976. Por lo tanto, en algunos tramos el debate por el rumbo de la transición se vinculó con las disputas y los conflictos internos, que llevaron las situaciones casi a un punto de ruptura: así ocurrió con la consigna por el voto en blanco lanzada por Seregni desde la cárcel en 1982, o con la demanda de Ferreira de que su partido se retirara de las negociaciones del Parque Hotel en mayo de 1983.

También la designación del Tte. Gral. Gregorio Álvarez como Presidente, el primer paso en este accidentado recorrido transicional, parece estar marcada por esa tónica.

b) La designación presidencial de G. Álvarez

Al parecer, las decisiones militares que involucran al Gral. G. Álvarez están signadas por el conflicto: tal fue el caso de su designación como Comandante, y así ocurrió también cuando fue designado como Presidente. En los dos casos, las divergencias se saldaron con arduas transacciones que, en su proceso, provocaron recomposiciones particularmente importantes en cuanto involucraron modificaciones de la distribución de fuerzas en la JOGG. En 1979, el consentimiento para el ascenso de Juan V. Queirolo a la Comandancia le representó a Álvarez una ganancia de cuatro votos en la Junta, lo que aparentemente le aseguraba la mayoría en el caso posible de una designación presidencial. En 1981 cuando llegó el momento de designar al nuevo Presidente, disponía de mayorías muy ajustadas: aunque suficientes para la Junta de Generales del Ejército, no alcanzaría el mínimo de 2/3 requerido para las decisiones de la JOGG. Si allí la minoría del Ejército juntaba sus votos con la Fuerza Aérea y con sectores de la Armada, entonces volcaría las mayorías en su contra.

Poco antes de la elección de Álvarez se produjo una crisis interna en el ejército, que determinó el pase a "retiro voluntario" de dos generales: el ministro del Interior M. Núñez y el Director de la Escuela de Armas y Servicios Alberto Ballestrino, involucrados en una estafa y la desaparición de un detenido.¹⁸⁰ La salida de dos generales mejoraba las posibilidades de Álvarez dentro de la Junta de Oficiales Generales, aunque uno de sus apoyos (el Gral. Hugo Linares Brum) pasaría a retiro precisamente el 30 de julio cuando todavía no estaba decidida la elección. A diferencia de lo ocurrido con la designación de Álvarez como Comandante en 1978, esta vez la compleja negociación interna no quedaría oculta al público, y la prensa se hizo eco de los rumores que corrían en el ambiente. Al final del primer día de reuniones de los generales ya trascendía que si bien Álvarez parecía contar con apoyos importantes, ganaba fuerza la posibilidad de un presidente civil y se manejaban nombres: Enrique Viana Reyes, Enrique V. Frigerio, Estanislao Valdés Otero, Valentín Arismendi, Federico García Capurro y Francisco Tourreilles. Finalmente, la elección se definió en dos etapas: los Generales se reunieron por separado, y según Achard, los opositores en el Ejército (Queirolo, Medina y Coitíño) decidieron darle su voto a Álvarez, mientras que el Gral. Paulós se mantuvo en su negativa. Luego, en la reunión de los oficiales de las

¹⁸⁰ Se trata del secuestro y desaparición de Juan A. Soca, quien administraba dinero a nombre de los nombrados y otros jefes militares. Aparentemente fue acusado de malversación, secuestrado y permanece como desaparecido. Ver Rico, 2007: II, 400-409. Como resultado de esta crisis, dos partidarios de Álvarez pasaron a ocupar puestos clave: el Gral. Yamandú Trinidad ocupó la vacante de Núñez en el Ministerio, y el Cnel. Washington Varela sustituyó como Jefe de Policía de Montevideo al renunciante Cnel. Hugo Arregui.

tres armas, el voto en bloque del Ejército habría conseguido el apoyo de la Marina.¹⁸¹ A pesar de la reticencia militar, esta vez fue noticia el voto negativo del Gral. Iván Paulós; por lo tanto, no hubo sorpresa cuando pocas semanas después se anunció que este pasaba a "retiro voluntario".

Cuando se hizo pública la designación, el nuevo Presidente ratificó su lealtad al "proceso de reconstrucción y consolidación nacional que se iniciara en febrero de 1973",¹⁸² y a la vez reforzó la simbología partidaria depositando un clavel blanco y uno rojo sobre la urna del Mausoleo. Pero en cuanto se hizo cargo del poder tomó rápidamente el control de la situación: designó al Ministro del Interior, el Gral. Yamandú Trinidad, como Presidente de la Comisión de Asuntos Políticos de las Fuerzas Armadas, COMASPO. Trinidad, ministro desde la crisis interna de marzo, era considerado un firme partidario de Álvarez; este mismo explicó que como la COMASPO "en este caso, es el órgano político representativo del Gobierno, hemos tomado esa decisión a efectos de no diversificar la opinión".¹⁸³ El Gral. Trinidad se encargó de enfriar las expectativas surgidas entre los políticos y también cortó las iniciativas de algunos de sus colegas: el Brig. Gral. Jorge Borad fue removido de la Comisión cuando trascendió que había mantenido reuniones con el Prof. Carlos J. Pereyra, y poco después debió dejar también la Presidencia de ANCAP. A partir de este momento comenzaría una de las etapas más complejas del diálogo entre los partidos políticos y las FF. AA.

c) Los problemas del diálogo.

Las negociaciones llevadas adelante en los últimos meses de 1981 que apuntaban a elaborar un nuevo "estatuto de los partidos políticos", reconstruyeron un espacio político integrado por dos partidos mayoritarios y uno claramente minoritario, que primero aparece designado como "Movimiento Cívico Cristiano" y luego como "Unión Cívica". A pesar de su carácter restrictivo esto representaba un avance con relación a la situación anterior, especialmente porque ponía fecha para el primer paso en el camino de la normalización política: la realización de elecciones internas, de la que surgirían los "interlocutores válidos" para el diálogo con los militares. Pero este paso debía estar precedido de la aprobación de un marco legal para la actuación de los partidos políticos, y esta vez los militares querían la anuencia de estos. Desde que se iniciaron las conversaciones se levantaron parcialmente las restricciones al derecho de reunión, lo que significó el comienzo de una vigorosa reactivación partidaria. También en 1981 se aprobó la "Ley de asociaciones profesionales", y su puesta en funcionamiento supuso la reanudación de la actividad sindical, que durante muchos años había estado paralizada. Esta multiplicación de agentes (y la consiguiente diversifica-

¹⁸¹ Achard, *La transición...*, cit. 18, n.18.

¹⁸² *La Democracia*, 7 de agosto de 1981, Últ. pág. Énfasis mío.

¹⁸³ Declaraciones de G. Álvarez del 4 de setiembre; *Opinar*, 10 de setiembre de 1981, 5.

ción de las demandas) coincidió con el impacto de la guerra de Malvinas y de sus consecuencias, la crisis económica y la desestabilización política de la dictadura argentina. Estos hechos amplificaron los efectos de esta novedosa polifonía, lo que configuró un contexto que progresivamente se volvió más inmanejable para el gobierno militar que desde el principio se había mostrado poco hábil para administrar las disidencias.

Rehabilitación de partidos y elecciones internas

Según lo previsto, se formalizaron las reuniones con representantes de diferentes sectores de cada partido, y luego de muchos intercambios (entre los dirigentes políticos, de estos con sus dirigentes intermedios y con la COMASPO, de esta con el Consejo de Estado); finalmente se aprobó una ley que convocaba a elecciones a padrón abierto para elegir autoridades de tres partidos políticos: los dos tradicionales y la ahora resurgida Unión Cívica, que había registrado su última participación electoral casi 25 años antes. Citando un comentario de Batlle y Ordóñez, quien en 1887 declaraba que los ciudadanos debían votar por "el Partido Constitucionalista, el Partido Blanco y el Partido Colorado", dice Tarigo:

"Hoy también, la alternativa es semejante. El lugar del Partido Constitucional podrá ocuparlo, en 1984, la Unión Radical Cristiana o la Democracia Cristiana o el Partido Socialista democrático; pero en primer plano estarán como siempre el Partido Colorado y el Partido Blanco".¹⁸⁴

El conjunto reproduce con bastante fidelidad la composición tradicional donde dos partidos ejercían su hegemonía. La configuración del campo partidario recuperaba, acentuándolas, las características anteriores a la suspensión de la actividad política: dos partidos hegemónicos, y un residuo irreductible que se suponía pequeño.

La perspectiva de la realización de elecciones activó inmediatamente las dinámicas partidarias, lo que implicó la actualización de las tradiciones y de las posturas ideológicas de cada partido. Este proceso implicó una renovación de los discursos partidarios en cada una de las "comunidades interpretativas" que incorporarían nuevos contextos.

El carácter fundacional que tuvo *Opinar* en la construcción del campo opositor le dio la posibilidad de configurarlo aportando a la vez aspectos que serían patrimonio común, como la reivindicación de la democracia y del pluralismo político, y también otros propios de una propuesta partidaria formulada desde el lugar del batllismo. La oposición se fue construyendo entonces con claro perfil colorado: apoyada en el racionalismo político, movilizaba principios de validez universal surgidos de las revoluciones inglesa y francesa, e invocaba con frecuencia a los grandes referentes del pensamiento político liberal. En esta configuración el campo opositor era respetuoso

¹⁸⁴ "La juventud ante los partidos políticos", *Opinar*, 20 de agosto de 1981, 9. Énfasis mío.

de la ley y de las instituciones, promovía la vigencia de la libertad y de la democracia y defendía el diálogo como principal herramienta de transformación política, rechazando la violencia y el radicalismo político. Desde las páginas del semanario, el Partido Colorado aparece como un partido universalista, institucionalizador (la apertura sólo tiene camino por medio de la negociación con el gobierno) y homogéneo: ya desde que se elaboran los planteos para presentar en la COMASPO aparece invocada permanentemente la "unidad de posturas dentro del partido", como una forma de marcar las diferencias con el nacionalismo. Pero en cambio aparece muy amortiguada la relación con la tradición colorada, tal vez como forma de disimular el origen no batllista de algunos de sus redactores, o como una opción para recuperar el carácter renovador y antitradicionalista del primer batllismo; aquellos columnistas con cierta actividad en la historiografía, como el prof. Alfredo Traversoni o el Dr. Carlos Manini Ríos, rara vez incursionaban en temas históricos.

Esta propuesta mostró rápidamente su capacidad de atracción; en torno al semanario comenzó a reunirse un grupo de jóvenes (Roberto Asiain, Ope Pasquet, Manuel Flores Silva, José Luis Guntin, Juan M. Petit, Miguel Manzi...) que profundizaron las líneas de reflexión que se habían desarrollado desde *El Día*. Pero en la medida en que los artículos cubrían más aspectos y la opinión se expresaba sobre temas más variados, también quedó a la vista el perfil conservador de algunos de sus colaboradores. Esto no era perceptible cuando se planteaban las demandas políticas para un futuro inmediato; pero cuando el semanario aumentó su exposición discursiva aparecieron afirmaciones que resultaban contradictorias con los principios liberales y democráticos sostenidos anteriormente. Así, mientras se discutía la posible ubicación de los sectores y votantes de izquierda en el esquema de tres partidos previstos en el estatuto negociado con la COMASPO, Tarigo justificaba las restricciones a la acción de otros partidos: "... puede ser hoy y aquí, en esta coyuntura especialísima del país, una solución adecuada. El tiempo dirá, de aquí a diez o veinte años, si ella debe ser mantenida o retocada".¹⁸⁵ Podía ser discutible que "esta coyuntura especialísima" de la transición se prolongara todavía por diez o veinte años, pero era más discutible que ni entonces pudiera pensarse en eliminar llanamente la proscripción de partidos.

En marzo de 1981 comenzó a aparecer otro semanario batllista, *Correo de los Viernes*, vinculado al Dr. Jorge Batlle, aunque su figura más visible era el Dr. Julio M^a Sanguinetti. El nuevo semanario tenía un perfil más cercano a la tradición batllista y la evolución conservadora de *Opinar* los aproximó sin esfuerzo. Los dos evitaban subrayar los puntos de discrepancia, reforzando la imagen unitaria que el partido presentaba hacia el público. Por supuesto, no siempre esta imagen coincidía con la realidad: en el debate partidario de las elecciones internas, debieron ser rápidamente sofocadas tanto las críticas del prof. Traversoni contra Sanguinetti y su ley de Educación, como

¹⁸⁵ "La manía de agrandar rivales", *Opinar*, 17 de diciembre de 1981, Pág. 3. Énfasis mío.

las convulsiones motivadas por el acuerdo de Tarigo con Sanguinetti que culminaron con la separación de un grupo de jóvenes orientados por M. Flores Silva.

Por su parte, el partido Nacional comenzaría a incrementar su visibilidad en la prensa con la aparición de *La Democracia* a fines de julio de 1981. Su incorporación introdujo una modificación completa del campo opositor, porque no se limitó a ocupar un lugar en el espacio de la "oposición responsable" ya construido por los sectores batllistas. El impacto de la aparición del semanario blanco proporciona un buen ejemplo de la manera como las decisiones de un solo agente pueden tener la capacidad de reconfigurar todo el campo político. Como nuevo integrante que aspiraba a singularizarse dentro del conjunto, *La Democracia* debía definir su propio perfil y esto implicaba la redistribución de los roles dentro del campo. Se imponía la rediscusión de los acuerdos en la oposición ya que se incorporaba otra agenda, con sus propios temas y sus énfasis. Por cierto, su aparición obligó a los semanarios colorados a modificar su discurso; pero a su vez ese cambio implicó una dimensión de negociación, donde también *La Democracia* debió rebajar algunos de sus planteos originales.

La creación del campo opositor a partir de la acción de un solo agente le había conferido mucha homogeneidad, pero con un discurso muy fácilmente identificable como "batllista". Con "*La Democracia*" apareció otra forma de entender la actividad política que destacaba los contenidos emocionales y los principios apoyados en la tradición, acompañada por una propuesta de reescritura del pasado donde, por ejemplo, "el sufragio" se identificaba con las revoluciones de Aparicio Saravia (lo que contribuía a "desbatllistizar" el relato de la construcción de la democracia). Surgió así una construcción identitaria de matriz emocional e historicista, diferente (pero no necesariamente contradictoria) de la creación intelectualista de *Opinar*.

Desde entonces el bloque opositor quedó dividido en dos partes: el partido Colorado quedaba ubicado como un polo moderado, racionalista y negociador, mientras que el nacionalismo se colocaba en el lugar del radicalismo democrático, movilizado e intransigente. Si bien ninguno de los dos rechazaba la negociación, el sector mayoritario del partido Nacional trató de identificarse rápidamente con la oposición "dura", donde la negociación con los militares ofrecía pocas concesiones y "se parecía mucho a [la exigencia de] una rendición incondicional".¹⁸⁶ Por esas características el lugar que ocupaba la oposición blanca estaba más próximo al de la izquierda que el que había ocupado el batllismo, pero provocaba problemas a dos puntas: por un lado incrementaba la tensión con los integrantes del partido que mantenían su colaboración con el gobierno, y por otro complicaba todavía más la coordinación con el discurso de Ferreira, ya que muchos dirigentes no compartían ese perfil izquierdista. En la medida que la actividad política dentro de fronteras adquiría mayor dinámica, también reclamaba más autonomía; y eso generaba más resistencia a algunas de las líneas de acción marcadas desde el exterior. Ferreira se vio obligado a marcar matices y distinciones: en Porto Alegre, el 15 de setiembre de 1981,

¹⁸⁶ Achard, *La transición...*, cit. 25.

explicando los objetivos de la CDU ante un auditorio especial (que incluía algunos "legisladores uruguayos"¹⁸⁷) Ferreira establecía una nítida diferencia entre los acuerdos tácticos ("luchar para derribar la dictadura") y los acuerdos programáticos ("estructurar el Uruguay del mañana"),¹⁸⁸ en lo que parece un claro mensaje: cuando comience la etapa de competencia electoral, terminarán las alianzas interpartidarias. El discurso también sugiere que a medida que Ferreira se acercaba a las fronteras, su discurso perdía matices "convergentes" y recuperaba sus características "blancas"; pero este viraje lo reinstalaba en posiciones discursivas que parecía haber abandonado largo tiempo atrás. Parece curioso que en el retorno geográfico sea simultáneamente un retorno en el tiempo, como si a pesar de la circulación de los casetes los dirigentes de su partido sólo lo reconocieran por sus discursos del pasado, cuando los límites entre los blancos y "la izquierda" coincidían con la aceptación o el rechazo de los comunicados militares.

El espacio para otros partidos

La configuración surgida de la ley de partidos políticos dejaba sin resolver la ubicación de los ciudadanos que no votaban a los partidos tradicionales. Era aventurado evaluar su número, y los cálculos podían oscilar entre los más de 300.000 votantes no tradicionales de 1971, hasta una cifra inferior a la obtenida en la última elección en la que se presentaron por separado, en 1966. Las condiciones no parecían abrir margen al optimismo frenteamplista, y podía dudarse que mantuvieran vigencia los acuerdos fundacionales tan laboriosamente logrados. Si bien es cierto que existía un Comité en España, el FAE, y era permanente la denuncia internacional de la prisión del Gral. Seregni, no parecía claro que los partidos que habían integrado la coalición todavía mantuvieran su adhesión: el PDC la había abandonado poco después del golpe, y el comunismo y el socialismo apoyaban al FAE mientras mantenían su actividad como partidos independientes. Pero la mirada de los dos partidos tradicionales estaba configurada por una matriz conceptual en la que los "partidos" por antonomasia eran los partidos tradicionales, y el adjetivo "todos" involucraba solamente a esos dos partidos. Abundan ejemplos de esto; *La Democracia* justificaba así el reclamo de "Levantamiento de todas las proscipciones": "...estas sanciones impuestas [...] a quienes merecieron el honor de ser electos por la ciudadanía y a quienes, por otra parte, no se ha acusado de cometer ningún delito, salvo el requerimiento que pesa sobre el Sr. Wilson Ferreira Aldunate..."¹⁸⁹

A pesar de su enunciado general, el reclamo sólo contemplaba la situación de los políticos tradicionales y en particular la de W. Ferreira: había muchos requeridos por la

¹⁸⁷ La cercanía geográfica también facilitaba la vigilancia. El régimen controló la salida de dirigentes que iban a Porto Alegre a participar en la reunión de setiembre de 1981; la DNII compiló la lista de viajeros (Rico, *Investigación histórica sobre la dictadura...*, cit., III: 163-164) y fotografió a algunos en Porto Alegre (id., 182).

¹⁸⁸ "Conferencia de Wilson Ferreira Aldunate", 15 de setiembre de 1981, en *Obras de Wilson Ferreira Aldunate. La lucha...* cit., I, 128-129.

¹⁸⁹ "Hablando claro", *La Democracia*, 14 de agosto de 1981, 3. Énfasis mío.

dictadura que "merecieron el honor de ser electos por la ciudadanía" y además algunos entre ellos estaban privados de libertad, pero Ferreira era el único que pertenecía a un partido tradicional. El panorama dominado por las voces tradicionales recién cambió a fines de setiembre de 1981 con la aparición de la revista *Opción*, vinculada al PDC, que fue la primera en reclamar, con poco apoyo y menos éxito, la apertura de más opciones electorales cuando todavía se discutía el estatuto de los partidos.

A mediados de 1982, cuando se aprobó la ley de partidos, comenzó a difundirse la consigna del "voto en blanco" para los frenteamplistas. Promovida desde la prisión por el Gral. Seregni, su objetivo era impedir que la coalición desapareciera de la vida política, cosa que —él suponía— sucedería indefectiblemente si aconsejaba el "voto táctico" de apoyo a sectores de los partidos tradicionales en las elecciones internas. La consigna era clara: en esta instancia los frenteamplistas debían votar en blanco para seguir siendo frenteamplistas.¹⁹⁰ En una breve carta Seregni lanzaba la consigna: "Los integrantes del Frente Amplio, no deben votar dentro de los partidos en las internas de noviembre de 1982". Fundamentaba su afirmación en los elementos identitarios del Frente y en el análisis de la coyuntura política. Allí argumentaba:

"Lo que realmente importa en esta batalla es que en noviembre de 1982 —como en noviembre de 1980— se manifieste un pueblo que no acepta dictaduras ni democracias tuteladas, que quiere ser dueño de su futuro y participante activo del quehacer colectivo. Y esto se alcanza, sí, con el triunfo de los sectores opositores de los Partidos Tradicionales pero también y mucho, por una presencia notoria (incluso por vía de ausencia) de aquellos a quienes no se ha consultado, que se pretende marginar y requieren su participación. Es decir, que la oposición debe realizar una convergencia de esfuerzos, lo que no significa —necesariamente— que todos hagan lo mismo, sino que las acciones a cumplir por cada uno, concurren y converjan sobre el objetivo."¹⁹¹

Lo interesante es que en ese momento la carta funcionó para muchos como una interpelación ideológica que invocaba la identidad frenteamplista por encima de las mediaciones racionales; la consigna "creó" como frenteamplistas a muchos jóvenes que no habían hecho previamente ninguna manifestación o gesto que revelara esa adhesión. Aunque pudieran oponerse muchas razones de oportunidad o argumentos de carácter táctico, el reclamo de Seregni movilizó a sus seguidores, principalmente a los no sectorizados o que no se encontraban encuadrados en alguno de los partidos. La represión no logró impedir la difusión de la consigna; por el contrario, la revistió de un contenido épico que dio más fuerza al mensaje. A pesar de las dificultades y de la división que provocó entre los votantes de la coalición, la consigna adquirió importancia porque reinstaló al Frente Amplio en el espacio de la realidad pensable y con el paso del tiempo el voto en blanco en 1982 ha sido visto como un gesto fundacional entre los frenteamplistas.

¹⁹⁰ Ver Gral. L. Seregni: "Fundamentos necesariamente esquemáticos de una toma de posición ante las elecciones internas nov. 1982", 10 de junio de 1982, en Aguirre Bayley, M., *El Frente Amplio. Historia...*, cit., 137-140.

¹⁹¹ Id., 139.

Esta consigna provocó de inmediato el rechazo de los partidos habilitados. Como la ausencia de una voz propia de la izquierda ya aparecía como un dato de la realidad, habían desarrollado estrategias para captar a sus potenciales votantes reclamando el apoyo para los sectores democráticos de los partidos tradicionales, haciendo coincidir el interés de sus sectores políticos con el interés general. Tanto desde las páginas de los semanarios que circulaban en Montevideo, como en los mensajes que Ferreira enviaba desde el exterior, se instaba a votar dentro de los partidos tradicionales sin tomar demasiado en cuenta las contradicciones que implicaba ese reclamo: para lograr una democracia más plural había que pasar por alto la diversidad de opiniones; o en nombre de la libertad política, reclamar el apoyo de los votantes de otros partidos a los que la represión les impedía presentar sus argumentos. Precisamente, por promover el voto en blanco, la revista *Opción* fue clausurada definitivamente a fines de octubre, y un grupo de ciudadanos fue detenido. Cuando ya *Opción* había sido clausurada, C. Manini Ríos publicaba en *Opinar*:

"No seré yo, por supuesto, quien se moleste por una actitud [la de votar en blanco] que considero encuadrada dentro del libre derecho de los ciudadanos"; pero a continuación agregaba: "... lo primero es ir a votar porque no se trata sólo de elegir autoridades para este o aquel partido, sino de devolver la vida a la democracia del Uruguay. Pero en lo que no creo es en la eficacia del voto en blanco para alcanzar ese fin, sino que me merece [sic] una disipación de esfuerzos que no conduce a parte alguna. Alegar que dentro del cuadro electoral que tenemos no hay opción válida, no es de recibo cuando son tantas las listas que se han presentado." Y sobre el final agregaba: "Nuestro deber cívico es cooperar en esta obra, fortificando con el voto a alguno de esos partidos. Todo lo demás es superfluo."¹⁹²

Desde fuera del país, Ferreira exponía un razonamiento más matizado, pero muy similar en su estructura. Él también afirmaba claramente: "... considero que el voto en blanco, en el Uruguay de hoy, es para muchos ciudadanos una opción legítima", pero al analizar la movilidad del electorado en las últimas elecciones uruguayas concluía que los ciudadanos que cambiaban de voto en cada elección "... no son propiedad de nadie". A partir de allí desarrollaba un argumento que en algunos pasajes se deja leer como una crítica a quienes impulsaban el voto en blanco y a quien propuso la idea:

"... no sería muy buena cosa, que optaran por no contribuir con un voto positivo por el hecho de que no les están abiertas todas las opciones, por una ilegítima decisión del poder público. Eso sería exactamente lo mismo que si yo, por el hecho de que arbitrariamente se me prohíbe votar y se me prohíbe ser candidato, exhortara a mis compañeros políticos a no votar o a votar en blanco. El problema es distinto: cuando no exista otra

¹⁹² C. Manini Ríos: "Los votos de menos", *Opinar*, 28 de octubre de 1982; 5. El artículo aparece publicado con la siguiente Nota de la Dirección: "El Doctor Carlos Manini Ríos nos envió este su artículo semanal desde el interior del país donde se encuentra por estos días. En la noche del lunes nos llamó telefónicamente a Montevideo [...] y nos dejó expresado su deseo de que su artículo fuera acompañado de una constancia de que fue escrito antes de conocerse el decreto del Poder Ejecutivo que dispuso la clausura definitiva de la revista *Opción*. Lo que así hacemos, con mucho gusto."

motivación concreta de orden estrictamente partidista, todo ciudadano, ante esté como ante cualquier episodio electoral, debe hacerse una pregunta y solamente una pregunta. Y ella es, ¿qué consecuencias tendrá mi voto, en qué sentido incidirá la forma en que yo vote sobre el destino de mi país?; y, tan claras las cosas, al fin todo se vuelve meridianamente claro. ¿Es indiferente para la recuperación de un régimen de libertad, [...] que sean unos y otros quienes rijan los destinos de los partidos tradicionales?"¹⁹³

La extensión de las citas permite apreciar una configuración jerarquizada del campo partidario —muy similar a la existente antes del golpe— donde sólo dos partidos podían expresar la voluntad de la nación y lo que importaba a ellos debía ser importante para toda la comunidad nacional. Por lo tanto solamente el voto dentro de esos partidos podía ser "positivo" y tener consecuencias en el destino del país; cualquier otra actitud sería "superflua", una "motivación concreta de orden estrictamente partidista"; es decir, una actitud legítima en otro momento, pero que ahora resultaba necesariamente divisionista.¹⁹⁴

El efecto de las elecciones internas

Dos hechos muy importantes sucedieron casi simultáneamente en el último fin de semana de noviembre del año 82: el jueves 25 se produjo el colapso de la "tablita", y el domingo 28 —en pleno feriado bancario que seguiría hasta la semana siguiente—, se realizaron las elecciones internas. Ya en la época se vio esta conjunción como la evidencia del fracaso de la dictadura tanto en su política económica como en su intención de controlar la apertura política. Esta simultaneidad marcará en buena medida el futuro de los acontecimientos, ya que el año 1983 fue en lo económico el más duro de la dictadura militar; y desde entonces la presencia de la crisis incidió con mucha fuerza sobre el proceso de transición política.

Pero aunque todos coincidan en que los resultados significaron una nueva derrota para el proyecto militar, igualmente el resultado de las elecciones internas admite varias lecturas. En los dos partidos tradicionales reforzaron la posición de los sectores opositores en detrimento de los oficialistas. Si se miraba como una competencia electoral entre partidos, el Partido Nacional superó ampliamente al Partido Colorado y revirtió la exigua ventaja de este en las elecciones de 1971; y la aplastante mayoría lograda por las corrientes wilsonistas parecía anticipar el triunfo en las próximas elecciones nacionales. Era evidente que el nacionalismo opositor había tenido más éxito en el reclamo de votos de la izquierda que el recompuesto batllismo de *Opinar*; no es raro que pasada la elección comenzara la preocupación sobre ese tema. Por otra

¹⁹³ "Año 1982. Mensaje previo a las elecciones internas", en *Obras de Wilson Ferreira Aldunate. La lucha ...*, cit., I, 144 a 146.

¹⁹⁴ También podría señalarse el pasaje donde Ferreira concluye que la proscripción de su persona es "exactamente lo mismo" que la de un conjunto de partidos.

parte, la estrategia del voto en blanco no aparecía muy exitosa para el Frente Amplio. Si bien las internas demostraron su vigencia y recuperó visibilidad (y desde entonces comenzó a tener creciente participación en las decisiones del frente opositor), Seregni mostraba su preocupación desde la cárcel porque "gran parte de los frentistas sufragó dentro de los partidos tradicionales", como consecuencia de que "un muy alto porcentaje de las bases del Frente Amplio no aceptó la decisión de la dirigencia".¹⁹⁵ Además, la diferencia del Partido Nacional sobre el Colorado superaba el número de votos en blanco, lo que complicaba la posibilidad de que el Frente Amplio actuara como minoría decisiva inclinando sus votos a favor de uno u otro de los grandes partidos.

Por su parte, en el Partido Colorado el pachequismo resignó su mayoría ante el "Batllismo unido" de Sanguinetti y Tarigo, aunque para estos la situación no dejara margen para el festejo. Los meses que siguieron a las internas fueron muy bien aprovechados por la dirigencia batllista: Julio M. Sanguinetti fue electo Secretario General del partido, y desde allí su figura ganó autonomía y tomó dimensión presidencial. Con el apoyo de otras figuras de peso como J. Batlle, Sanguinetti y Tarigo se transformaron en los candidatos naturales del partido; pero el comportamiento de los votantes de izquierda sumaba un elemento de preocupación. Comparando los resultados del voto en blanco con los de la elección de 1971, decía el Dr. Tarigo en seguida de las internas: "... de no rehabilitarse la totalidad de los Partidos políticos que han existido en el país, las elecciones las decidirán esos doscientos mil ciudadanos que no querrán votar en blanco...";¹⁹⁶ poco después se comenzaría a reclamar la desproscripción de por lo menos una parte de la izquierda.¹⁹⁷

No solamente la campaña de las internas había introducido una vigorosa dinámica política; en ella también influía el impacto de la quiebra de la tablita. Las elecciones habían arrojado un resultado muy negativo para el gobierno y su efecto se multiplicaba a medida que la crisis económica se hacía sentir también sobre la política. En 1983 se agudizaron los conflictos sociales y se reactivaron los sindicatos, ahora denominados "asociaciones profesionales"; la nueva ley fue reglamentada en 1982 y abrió una vía de expresión para sectores de la izquierda todavía proscripta. Si bien la acción sindical se centró principalmente en las reivindicaciones laborales (en un año en el que la característica fue la caída del producto bruto y del salario real, y el aumento del desempleo¹⁹⁸), también utilizaron estos reclamos para señalar la responsabilidad de la política económica del gobierno y sumar voces al bloque opositor. Los sindicatos incrementaron su influencia como resultado de la realización del acto del 1° de mayo de 1983, el primero en diez años. Fue convocado por una nueva generación de dirigentes sindicales reunidos en un agrupamiento que no registraba antecedentes (el "Plenario Intersindical de Trabajadores"), pero logró la presencia de decenas de miles de personas.

¹⁹⁵ Ver *Colección Liber Seregni. Los años de prisión...*, cit., III, 93-94.

¹⁹⁶ "Primeras reflexiones", *Opinar*, 2 de diciembre de 1982, 3.

¹⁹⁷ E. Paz Aguirre: "La izquierda a la luz del día", *Opinar*, 27 de enero de 1983, 7.

¹⁹⁸ Sobre el impacto de la crisis económica, ver capítulo de J. Yaffé en este libro.

También se incorporaban al frente opositor nuevos agentes, provenientes del sector empresarial. Alguno, como la Federación Rural, había definido su posición contraria al régimen desde el momento de la disolución de las Cámaras; pero esa actitud dejó de ser una expresión solitaria cuando se produjo la crisis económica. Entonces aparecieron a su lado sectores que hasta entonces habían prestado su apoyo a la dictadura, como era el caso de los industriales.¹⁹⁹ Estas incorporaciones fueron positivamente valoradas por los agentes políticos ya que incrementaba las fuerzas del campo opositor, cuando se acercaba el momento de una jugada política que debía ser decisiva para terminar con la dictadura. También obligaba a un reajuste en el discurso, ya que su presencia imponía una nota de moderación que parecía necesaria para mantener la unidad de este bloque ahora incrementado. Paralelamente, la aparente relación causal entre el gobierno militar y la crisis tuvo un efecto importante sobre las expectativas políticas de la población, que se volcaron a privilegiar el final del gobierno militar antes que cualquier otra consideración de orden económico. Parece haberse generalizado la expectativa por la democracia y la idea de que la instalación de un gobierno democrático contribuiría de manera decisiva a mejorar la situación económica. Paradójicamente, el agravamiento de la situación económica no parece haber radicalizado las demandas políticas, sino que, por el contrario, parece haber ejercido un efecto moderador.

Este giro fue acorralando las posibilidades de una posible radicalización de los reclamos de la oposición dentro de fronteras, y simultáneamente fue aumentando la distancia con las posiciones sostenidas desde el exterior, de perfil más radical. La relación entre crisis económica y radicalización política era la base de las explicaciones socio-económicas del golpe, y su vinculación parecía una realidad incontrovertible: cuanto más profunda fuera la crisis económica, mayor sería el desarrollo de las posturas radicales y menores las posibilidades de una transición negociada. Pero mientras el clima social en el país comenzaba a reclamar cada vez con más fuerza la concreción de una rápida salida negociada, en el exterior se mantenía la imagen que arrojaban los resultados de las internas: las corrientes más radicales eran las que recibían más apoyo. Evaluando el resultado de las internas decía W. Ferreira en diciembre de 1982:

"...en cada uno de los partidos los votos se emitieron directamente proporcional con la intensidad con que se había hecho la lucha contra la dictadura. La gente clasificó —el término no es más duro o menos duro— el enfrentamiento. Y negó sus votos, no solamente a quienes estaban directamente a favor del régimen, sino también a aquellos que no habían definido con excesiva claridad sus posiciones".²⁰⁰

¹⁹⁹ Ver Handelman, H., *Economic Policy and Elite Pressures in Uruguay*, (Hanover, N.H.: Reports, AUFS, 1979/N° 27 South America).

²⁰⁰ "Entrevista al Senador Ferreira Aldunate", Diciembre 1982, en *Obras de Wilson Ferreira Aldunate. La lucha...*, cit., 156.

La consecuencia natural de este análisis era que la radicalización política representaba ganancia electoral; pero además coincidía con el objetivo político de muchos de los exiliados, que seguía siendo la caída del régimen y la eliminación de toda posibilidad de retorno de los militares. «¿Vamos a perder otra vez, en aras de una mentida «conciliación nacional» [...], la posibilidad de reconquistar el tiempo, el mucho tiempo perdido?», decía Quijano en julio de 1983, en un artículo que terminaba felicitándose por la suspensión del diálogo del Parque Hotel.²⁰¹ Pero dentro del Uruguay la situación aparecía radicalmente distinta: las fuerzas movilizadas ahora parecían más interesadas en apresurar el final de la dictadura, dejando para resolver en el futuro las posibles perduraciones del autoritarismo.

Este giro de la opinión favorecía claramente al partido Colorado, que veía cómo la ciudadanía se acercaba a sus posiciones políticas que siempre fueron presentadas como «moderadas». Pero, en cambio, provocó muchas dificultades tanto en el partido Nacional como en la izquierda: los blancos tenían a su principal dirigente en el exilio y resultaba difícil transmitirle la realidad interna, y la izquierda debía superar sus propias dificultades para definir su ubicación en el campo.

Luego de varios años de proscripción la izquierda debía reconstruir su identidad, lo que implicaba la recuperación de su discurso pre-dictadura. Pero en esa tarea se enfrentaban las posturas radicales (de mucho peso hasta 1973) con las que trataban de renovar su discurso incorporando en su temática la experiencia autoritaria, y que parecían más cercanos a la sensibilidad de la población. Para la coalición, la inclusión en el bloque opositor aparecía como un objetivo central; pero de lograrlo, debía incorporarse en un contexto ya estructurado en torno a ejes conceptuales que habían sido resignificados durante la dictadura, en tiempos en que el Frente no tenía posibilidades de participar en ningún debate público. La exigencia del momento impuso la postergación de los debates sobre los objetivos de mediano plazo; no había espacio para incluir viejos temas como la lucha armada o la construcción del socialismo, y tampoco para el reclamo por los derechos humanos y las libertades públicas;²⁰² debía ajustar sus demandas sectoriales si quería ser aceptado en el frente opositor. La situación era particularmente delicada y llegaron a ocurrir serios desencuentros; en las dirigencias partidarias se optó por fortalecer la coalición, y esto beneficiaba internamente a los sectores moderados que permitían «ganar credibilidad» luego de años de propaganda adversa del régimen. A la inversa de lo que ocurrió con el partido Nacional, los partidos que integraban el Frente Amplio comenzaron a cambiar el énfasis de su actividad: las definiciones políticas comenzaron a descargarse sobre los dirigentes que permanecían en el país, en tanto que la movilización en el exterior pasó a ser fundamentalmente de apoyo y difusión. A partir de estos reajustes, las posiciones del partido Nacional y de la izquierda comenzaron a alejarse cada vez más.

²⁰¹ Quijano, C., «Reflexiones sobre Uruguay», *Cuadernos de Marcha* 3ª época N° 2, cit., 41.

La viabilidad del «partido del proceso»

Desde muy temprano parece haber estado en la mente del Gral. Álvarez la idea de reunir apoyos de los dos partidos tradicionales para liderar un partido político identificado con la dictadura militar; esto explicaría las gestiones de acercamiento con dirigentes opositores realizadas por Végh Villegas en 1976, o los rumores de instalación de un «triumvirato» en setiembre de 1978. Incluso el cronograma diseñado por los militares en 1977 puede leerse como una hoja de ruta que llevaría a Álvarez a la presidencia como «candidato único» con el apoyo de los dos partidos tradicionales. Pero en 1981, cuando finalmente fue designado, ya había ocurrido la derrota en el plebiscito, y el avance de la reactivación de los partidos dejaba poco espacio para la realización de un acuerdo político como el que imaginaba; además su imagen pública se veía afectada por las resistencias que generaba en la cúpula militar. Su gesto de depositar una rosa blanca y una roja en el mausoleo de Artigas cuando aceptó la Presidencia fue seguido por la designación de dos intendentes civiles de su confianza (J. C. Payssé en Montevideo, J. Chiruchi en San José), lo que mostraba que no había abandonado del todo esa idea. Más explícito, el Cnel. Bolentini, por entonces Consejero de Estado, lanzó la idea de promover la formación de una «fuerza nutrida por blancos y colorados» que podría apoyar a Álvarez y que «propicie su continuidad en la presidencia de la República por las vías del sufragio»²⁰³

Las consecuencias del plebiscito parecían representar el mayor problema para la construcción de un nuevo partido que reuniera dirigentes provenientes de los dos partidos tradicionales. El debate televisivo y la derrota electoral del proyecto habían desestructurado toda la elaboración ideológica promovida por la DINARP; y Álvarez ya había quedado definitivamente ubicado en la incómoda categoría de «presidente de la dictadura» desdibujando el concepto de «transición» que apareció con su designación. Si se hubiera impuesto el conflicto que mostraba al «nuevo Uruguay» en lucha contra el «marxismo», se hubiera desdibujado la frontera entre los partidos tradicionales frente al enemigo mayor y así hubiera sido posible crear un espacio que reuniera dirigentes de uno y otro partido tradicional. En cambio, al consolidarse el predominio del antagonismo «democracia-dictadura» se había reforzado la oposición al régimen y se profundizaron las identidades partidarias porque el pluralismo es una característica de la democracia. En este caso, la creación de un nuevo agrupamiento que reuniera dirigentes por encima de las fronteras partidarias aparecía como un proyecto de la dictadura y no como un camino hacia la institucionalización del país. La campaña del plebiscito y el contenido teórico que se había movilizado en los debates habían conseguido imponer la idea de que los partidos políticos representaban la democracia y que el proyecto de constitución era antidemocrático. Por eso parecían escasas las posibilidades de éxito del proyecto de nuevo partido, a pesar de que lo impulsara el mismo Presidente.

²⁰² Markarián, V., *Idos y recién...*, cit., 174.

²⁰³ «Cuando el río suena...» *Opinar*, 12 de noviembre de 1981, 3.

A comienzos de 1983, Álvarez hizo públicas algunas manifestaciones en ese sentido; en Aceguá, hizo su "pronunciamiento" en el que anunciaba "la decisión de iniciar por el camino de las urnas la empresa del acuerdo nacional, con blancos y colorados..."²⁰⁴ palabras que también podían interpretarse como una propuesta de coordinación suprapartidaria que ligara a los partidarios del régimen en uno y otro de los lemas tradicionales. Pero no tuvo el efecto esperado; ya las elecciones internas habían reavivado las identidades partidarias y reactualizado los compromisos con las divisas. Ahora la lealtad partidaria dificultaba la migración hacia un nuevo partido, y ningún dirigente importante podría aventurarse a abandonar su sector para incorporarse a una organización política de futuro tan complicado. La propuesta no tuvo impacto suficiente como para reconfigurar el campo partidario; se interpretó como la reacción malhumorada de un dictador fuertemente cuestionado, y por el momento cayó en el vacío.

El Parque Hotel y después

La realización del "diálogo del Parque Hotel" sumó una nueva frustración a las expectativas de apertura política que se habían acumulado desde las internas. La crisis económica, la desestabilización de la dictadura argentina y el llamado a elecciones, además del largo proceso de apertura en Brasil, hacían pensar que los militares estarían estructurando su retirada ante la alteración política de la región. Desde esta perspectiva el diálogo del Parque Hotel representó una sorpresa, ya que los militares replantearon las mismas demandas que habían sido rechazadas en el plebiscito de 1980. Las actas (incompletas) publicadas por la DINARP poco después de suspendidas las conversaciones,²⁰⁵ muestran que el intercambio entró rápidamente en un callejón sin salida y su prolongación en el tiempo sólo puede explicarse por la necesidad de no frustrar las expectativas que se habían generado en la opinión.

Las conversaciones tuvieron un comienzo poco auspicioso ya que el portavoz militar, el Gral. Julio C. Rapela, volvió a reclamar las mismas medidas constitucionales que se habían rechazado en el plebiscito. Al comienzo de las reuniones fue clausurado por seis meses el semanario *La Democracia*, lo que provocó que Ferreira ordenara la retirada de su partido. La propuesta levantó fuertes resistencias entre sus más cercanos partidarios y para superarlas Ferreira puso en juego su liderazgo,²⁰⁶ pero aun así no pudo impedir una fractura en su partido, ya que la mayoría del Directorio no lo acompañó.

²⁰⁴ Tarigo, "El «pronunciamiento de Aceguá»", *Opinar*, 7 de abril de 1983, última pág.

²⁰⁵ Fueron publicadas con el bizarro título de *Transcripción de las actas correspondientes a las sesiones realizadas entre representantes de la Comisión de Asuntos Políticos de las Fuerzas Armadas y representantes de los Partidos Políticos habilitados -Partido Colorado, Partido Nacional y Unión Cívica- en el período comprendido entre el 13/5/1983 y el 5/7/1983 en el Parque Hotel, en el marco del diálogo político para la reforma constitucional.*

²⁰⁶ Ver Posadas, Juan M., *Memorias del ...*, cit., 46-57.

Las negociaciones se extendieron por casi dos meses, sin resultados; las conversaciones se empantanaron ante la imposibilidad de encontrar un punto de acuerdo entre los reclamos militares y las concesiones que legítimamente podían realizar los partidos. La permanencia de la represión, y aun su profundización mientras se procesaba el "diálogo", no contribuía a crear un clima de transición.²⁰⁷ Finalmente, luego de dos duras intervenciones de Sanguinetti y Tarigo, los negociadores políticos anunciaron la decisión de los partidos de suspender el diálogo "para no desgastarlo" como herramienta. Era evidente que esta suspensión sólo podía ser temporal y que la posibilidad de la salida dependía solamente de la habilidad de las partes para plantear los términos de la discusión. En un episodio futuro había que tomar en cuenta los aspectos que en este se habían descuidado: la discreción en los encuentros, la flexibilidad para buscar el acercamiento de las distintas posiciones, y la brevedad en el desarrollo de las conversaciones. Pero también marcaba una novedad: era la primera vez, desde el comienzo de la transición, que los partidos se apoderaban de la iniciativa.

La experiencia del Parque Hotel está cargada de consecuencias: dentro del partido Nacional reforzó el liderazgo de Ferreira y cerró la posibilidad de disidencias, precisamente en el momento en que sus definiciones políticas se radicalizaban cada vez más. El fracaso de la negociación pareció darle la razón, pero dejó a la vista el nivel de tensión que podía alcanzar el creciente desencuentro entre la situación interna y su percepción desde el exterior. También afectó negativamente a los partidarios de Álvarez dentro del ejército; si bien el Ejecutivo aprovechó para endurecer la censura y amenazó con nuevas proscripciones, una parte de los generales y algunos dirigentes políticos comenzaron a reclamar que los Comandantes se encargaran directamente de las negociaciones, lo que disminuía las posibilidades de Álvarez y aumentaba la incidencia de la Armada y la Aviación, más partidarias del acuerdo.²⁰⁸

Cualquier observador atento de este proceso de reconstrucción de la sociedad civil podía suponer en 1983 que se había alejado definitivamente la posibilidad de un "partido del proceso" y que ya estaban incorporados al campo partidario todos los agentes "legítimos" que participarían en el tramo final de la apertura: los dos grandes partidos que hegemonizaban el campo (con el partido Nacional controlando la iniciativa) y un pequeño partido testimonial, la Unión Cívica, que compartía las posiciones más conservadoras. Cerca de la zona de legitimidad pero sin integrarla, estaba el Frente Amplio; si bien desde las internas su reconstrucción ya era notoria, parecía muy improbable su ingreso al espacio legal antes de las previstas elecciones de 1984. Esto planteaba un problema a los partidos legalizados, porque podía resultar el caballo de Troya que utilizaran los partidos "antidemocráticos" para introducirse al sistema,

²⁰⁷ Los delegados de los partidos incluyeron como razones de la suspensión: la clausura de *La Democracia*, la proscripción periodística del Sr. Enrique Alonso Fernández, el procesamiento de civiles por la justicia militar, la situación de la Federación Rural, el procesamiento de jóvenes de la UJC por la justicia militar y el procesamiento de Carminillo Mederos, Convencional del Partido Nacional ("Acta N° 7, 5 de julio de 1983", *Transcripción...*, cit., 40).

²⁰⁸ Achard, D., *La transición...*, cit., 92.

pero ninguno parecía esforzarse para lograr su pronta desproscripción: alguna vez Tarigo había dicho que podían esperar "diez o veinte años", y en los partidarios de Ferreira se percibía cierta confusión respecto del alcance de las desproscripciones. Tanto para el socialismo como para la democracia cristiana era muy improbable la participación en las próximas elecciones, y era decididamente impensable la idea de que dirigentes como Rodney Arismendi o el Gral. Seregni pudieran hacer campaña en apoyo de alguna candidatura. Uno de los aspectos más interesantes (y en su momento, más desconcertantes) de toda la transición, fue el encadenamiento de sucesos y decisiones que hizo posible la desproscripción de una parte de la dirigencia del Frente Amplio y de los partidos que lo componían.

El fracaso del diálogo del Parque Hotel pareció darle otra oportunidad al proyecto del "partido del proceso". Una vez suspendidas las conversaciones, parecía un momento oportuno para darle nuevo impulso: si lograba transformarse en un agente activo en las próximas elecciones nacionales, entonces era posible que el peso institucional de la Presidencia volcara la balanza en su favor: el resultado sería un nuevo mandato de Álvarez, ahora ungido por el voto popular y por cinco años. Pero la situación de Álvarez en la interna del Ejército también parecía debilitarse. En 1981, en oportunidad de su elección, la suerte lo había favorecido con el retiro de dos de sus adversarios; pero luego, en junio de 1983, falleció su principal operador político, el Gral. Yamandú Trinidad. Este había sido una pieza clave desde que asumiera como ministro del Interior en marzo de 1981, y después, desde octubre, la presidencia de la COMASPO: es decir, que simultáneamente controlaba la situación interna del país, y las negociaciones con los partidos. Pero además, según la precedencia militar, a él le correspondía asumir como Comandante en Jefe en 1984, y debía ser el que ejerciera el cargo en las previstas elecciones de ese año.²⁰⁹ Su prematura muerte afectó las posibilidades de control de Álvarez sobre las decisiones de la JOGG. Según dijo posteriormente el Gral. Rapela, en octubre de 1983 se reunió un cónclave militar en la Escuela Naval, para discutir la posible formación de un partido del proceso: en esta reunión la mayoría de los generales rechazó la puesta en marcha de la iniciativa, lo que significó su definitivo final.²¹⁰

Álvarez todavía tenía espacio para un plan B: si no se lograba un acuerdo con la oposición entonces el Presidente tendría argumentos para no llamar a elecciones, y eso transformaría en indefinido el término de su mandato. En ese caso también existía un riesgo, si en algún momento la situación escapaba al control del gobierno como por momentos parecía posible; en ese caso todo terminaría en un derrumbe catastrófico. En definitiva, si alguno de los proyectos de Álvarez salía bien, lo afirmaba en la Presidencia y lo dejaba con el control de la institución militar; pero si la jugada salía mal, el costo político recaería sobre las FF. AA. como institución. Por su parte los partidos también movían sus piezas y luego de semanas de reuniones reservadas, a fines de

²⁰⁹ Ver *Opción*, 26 de enero de 1982, 5.

²¹⁰ Achard, D., *La transición* ..., cit., 94.

noviembre convocaron a un acto junto al obelisco con el que lograron una respuesta masiva. Allí, por primera vez se reunieron en un estrado los dirigentes de los partidos tradicionales junto a representantes de la izquierda y de los movimientos sociales.

Pero los plazos estaban terminando. A la euforia provocada por el acto se sumaba un conjunto de factores, tales como el impacto de la crisis económica, las movilizaciones de los gremios y de los partidos, junto con la instalación del gobierno de Alfonsín y el viaje de muchos exiliados para instalarse en Buenos Aires, que daban nuevo impulso a la actividad política y llevaron a pensar a fines de 1983, que el régimen cívico-militar estaba agonizante y sólo necesitaba un último empujón. Entonces el Partido Nacional resolvió apretar el acelerador y en diciembre su Convención proclamó la fórmula Wilson Ferreira Aldunate-Carlos Julio Pereyra para las (todavía inciertas) elecciones de 1984.

La reactivación de la movilización social iba configurando una situación cada vez más delicada; los sectores que se incorporaban al campo opositor adquirían más autonomía y multiplicaban la variedad de voces, lo que dificultaba la coordinación de las acciones. La presión de sectores sindicales dificultaba el mantenimiento de la línea moderada, y amenazaba con salirse de control. Esto parece haber preocupado a la cúpula militar, que además tenía mucho para perder; la relación gobierno-oposición aparecía como un empate cada vez más peligroso y un desequilibrio momentáneo podía desembocar en una crisis. La eventualidad de que la movilización popular escapara de control sería una amenaza para el gobierno; lo obligaría a una dura represión que le haría perder todo lo avanzado en el camino de la reinstitucionalización.

d) El viraje de 1984.

En el final del año 83 se alcanzó un pico en la movilización luego de una sucesión de hechos que fueron elevando la temperatura política: a partir del acto del obelisco se produjo la proclamación de la fórmula blanca, la clausura de CX30, la huelga de hambre de su director José Germán Araújo, y la llegada de un grupo importante de hijos de uruguayos exiliados en Europa. A pesar de la rígida censura implantada desde agosto, la situación parecía escapar de las manos al gobierno militar: clausuras de prensa y procesamiento de dirigentes no parecían suficientes para frenar la movilización que el 18 de enero culminó con el primer paro general desde 1973²¹¹. Cuando el enfrentamiento entre el gobierno y la sociedad alcanzaba su punto más alto, la Junta de Comandantes tomó a su cargo el manejo de las relaciones con los partidos políticos, dejando de lado a la COMASPO. Las negociaciones comenzaron otro ritmo en febrero de 1984 cuando asumió como Comandante el Tte. Gral. Pedro Aráncz, desde

²¹¹ La decisión de paro general, adoptada por el PIT, fue duramente criticada desde algunos sectores políticos y particularmente por la mayoría del batllismo, si bien en ese momento Sanguinetti se encontraba fuera del país. Ver *Jaque*, 27 de enero de 1984, 7.

entonces se reactivaron las reuniones con las dirigencias de los partidos habilitados acompañadas de algunos gestos como la liberación del Ing. José L. Massera (considerado el N° 2 del Partido Comunista) y el anuncio de la liberación del Gral. Seregni. Pero esa movida, que incluyó la entrega a los partidos de un texto para discutir el acuerdo, no encontró mucho eco: la comandancia del Gral. Aranco era previsiblemente breve. En junio pasaría a retiro por alcanzar el límite de edad y entonces le correspondería asumir al Gral. Hugo Medina, ya que la muerte de Trinidad había cambiado el orden de precedencia. Llegado el momento fue designado Medina por unanimidad de votos de la JOGG sin que se manejara el nombre de ningún candidato alternativo.²¹² De esta forma se adelantó el ascenso de uno de los rivales de Álvarez que habría ocupado el cargo recién en diciembre, y que jugaría un papel decisivo en las negociaciones de 1984.²¹³

La izquierda había aprovechado esa pausa para reorganizarse y recuperar visibilidad, y la plasticidad de la situación la ayudó para impulsar la reivindicación de sus derechos; en 1981, reclamar la desproscripción de partidos de izquierda significaba un gesto de audacia porque no era pensable su rehabilitación; pero el tiempo transcurrido había servido para reunir nuevamente a sus partidarios y por momentos en ese cambiante panorama político parecía viable su desproscripción. Las movilizaciones de la segunda mitad de 1983 contribuyeron a darle más consistencia, reforzada por la recuperación de antiguos espacios identitarios como los sindicatos y los gremios estudiantiles. La marcha hacia la legalización de la izquierda se aceleró a partir de la liberación de Seregni en marzo, que devolvió al debate público el nombre del Frente Amplio y a su figura más representativa; pero también mostró cambios de importancia en el discurso político de la coalición. Seregni proclamó como el objetivo central la recuperación de la democracia; y si bien el concepto había estado presente en su discurso antes del golpe, ahora tenía connotaciones diferentes de las que se manejaban antes de su detención. Desde su primer mensaje, Seregni le agregó la demanda por la amnistía, con lo que incorporaba el concepto en un contexto que se apartaba del formalismo jurídico, y que le permitía redimensionar el espacio ya controlado por los otros partidos. La Mesa del Frente Amplio con la presencia de Seregni, propuso un replanteo de la agenda política y redefinió sus objetivos: elecciones, desproscripciones de partidos y de personas (una lista que también indicaba un orden de prioridades). La estrategia inmediata se apoyaba en tres conceptos: "movilización, concertación, negociación", pero la "concertación" no abarcaba solamente la salida sino también la tarea gubernamental posterior.²¹⁴

²¹² Achard, D., *La transición* ..., cit., 175.

²¹³ Ch. Gillespie recoge una interpretación que atribuye el asesinato de V. Roslik a "un complot para desacreditar al Gral. Medina", comandante de la Región Militar de la que dependía el cuartel de Fray Bentos. Si hubiera funcionado, el ascenso a Comandante en Jefe le hubiera correspondido al Gral. J. Siqueira, partidario de Álvarez. Ver Gillespie, *Negociando*..., cit., 168.

²¹⁴ "El Frente apoya vía electoral y fija prioridades", *Opinar*, 29 de marzo de 1984, última pág.

Todo esto representó una novedad. Hasta ese momento el campo opositor tenía una estructura bipolar con predominio de los partidos tradicionales, y esa configuración lo sometía a tensiones difíciles de administrar: el batllismo se esforzaba por tomar distancia de las posturas radicales que asumía el Partido Nacional (pocos días antes de la liberación de Seregni, Ferreira escribía: "...en estos momentos el Partido Nacional es el dueño de la situación"²¹⁵) Esta inflexión significaba que el nuevo agente no se incorporaba como subalterno en un campo ya construido sino que proponía su recomposición; en ese sentido la liberación de Seregni tuvo un impacto similar a la aparición de *Opinar* o de *La Democracia*. En esta redistribución de funciones el Frente se atribuyó el rol de articulador entre los dos partidos tradicionales, lo que implicaba la definición de una línea política autónoma (y en principio equidistante) entre ambos.

El nuevo lugar del Frente en el campo político fue definido con fuerza por el propio Seregni que desplegó mucha actividad pese a su proscripción. El momento exigía todo su esfuerzo: era el único referente de una coalición que tenía todos sus partidos y sus dirigentes proscritos, una situación peor que la de los partidos tradicionales antes del plebiscito de 1980. En el camino hacia su eventual presentación electoral el Frente tenía que superar muchos obstáculos y estaba varios casilleros detrás de cualquier otro partido; así parecía bueno para la coalición todo aquello que contribuyera a reducir la distancia con los demás partidos. Este cambio en el posicionamiento de la izquierda se hizo evidente pocos días después de la liberación de Seregni, cuando trascendió una propuesta hecha en nombre de Ferreira Aldunate a G. Álvarez²¹⁶ que fue rechazada con firmeza tanto por la dirigencia colorada como por el Frente Amplio. Era la primera vez que las dirigencias de estos dos partidos coincidían en una decisión importante, lo que puede verse como el reflejo de los cambios que se habían producido tanto en la izquierda como en la dirigencia colorada. Este viraje provocó la protesta de muchos frenteamplistas que se identificaban con las definiciones del nacionalismo; la nueva estrategia de Seregni confundía a esos seguidores, particularmente en el exterior, que veían al coloradismo como el responsable de la dictadura y al partido Nacional como un aliado natural. La nueva situación también sorprendió a los blancos, que imaginaban tener en Seregni un socio seguro y que con mirada bipartidista, juzgaban la actitud del Frente Amplio como una aproximación al partido Colorado.

²¹⁵ Achard, D., *La transición* ..., cit., 391.

²¹⁶ Aparentemente la propuesta derivaba de una carta enviada por Ferreira a J. Pivel Devoto, fechada a comienzos de marzo, y consistía en la realización de elecciones en dos vueltas con elección indirecta del Presidente. La versión recogida por la dirigencia colorada incluía en la oferta la prórroga del mandato de G. Álvarez; esto fue rechazado por el Directorio que no ofreció una explicación alternativa. La publicación de la carta (Achard, D., *La transición*..., cit., 389-393), no permite aclarar la controversia porque en ella Ferreira mantiene un diálogo muy estrecho con las "afirmaciones y propuestas" de una anterior de Pivel, hasta ahora no publicada. Los comunicados que exponen las posiciones de los involucrados, en *Opinar*, 29 de marzo de 1984, pág. 6.

La proximidad de W. Ferreira (en Buenos Aires desde abril) incidía en las decisiones del partido Nacional, y la inminencia de su retorno afectaba su relación con el resto del bloque opositor. Si bien recompuso su relación con el resto de los partidos y su sector político participó en la formación de la "Multipartidaria" en abril, la distancia comenzó a notarse cuando la dirigencia nacionalista procuró (sin lograrlo) el apoyo de los demás partidos para coordinar el retorno de Ferreira a Montevideo. A mediados de mayo, Ferreira pronunció en Concordia uno de sus discursos más radicales donde anunció que retornaba al país el 16 de junio. La campaña de agitación previa a su regreso ocupó a su partido hasta su llegada, que se produjo en medio de una gran expectativa; pero con el retorno del más importante exiliado político, el régimen militar demostró que a pesar de sus divergencias internas todavía mantenía un alto grado de cohesión.²¹⁷ Ferreira fue detenido y sus partidarios fueron mantenidos a distancia sin que pudieran llegar a verlo.

Esa detención tuvo efectos tanto en el gobierno como en la oposición. Entre los militares, neutralizó al único adversario "incontrolable" del régimen, y eso abrió el espacio para divergencias internas que hasta entonces habían permanecido acalladas; mientras que por el lado de los partidos también surgieron divergencias y pocos días después se produjo la fractura de la Multipartidaria. La reanudación del diálogo representó para el frente opositor un desgarramiento traumático: el partido Nacional se negó a negociar con Ferreira detenido, pero la mayoría de los partidos decidió dialogar con las FF.AA. si se cumplían ciertas condiciones; y esta vez encontrarían a los militares más dispuestos a apartarse de las posiciones mantenidas por Álvarez y sus partidarios.

La formalización del diálogo trajo como primer resultado la desproscripción del Frente Amplio, acompañada de la liberación de presos que hubieran cumplido más de la mitad de la condena y la desproscripción de dirigentes de la izquierda; pero el anuncio de avances profundizaba la división entre los partidos. Los que participaban en el diálogo apostaban a que la ciudadanía, que quería finalizar rápidamente el gobierno militar, les diera su apoyo; mientras que el nacionalismo y algunos sectores de la izquierda, optaban por radicalizar su discurso opositor. La crisis más fuerte parece haberse producido dentro del Frente Amplio donde la actitud "dialoguista" resultaba difícil de aceptar; los debates en los Comités se prolongaban, y a Seregni y sus partidarios les costaba convencer a los militantes veteranos de la izquierda y a los jóvenes que se habían socializado políticamente en contacto con los wilsonistas. Pero esta vez el diálogo fue corto y discreto; los participantes eran conscientes de que se estaban jugando la última oportunidad y no la desaprovecharon.²¹⁸

A comienzos de agosto se anunció el acuerdo: elecciones en noviembre, y algunas normas de jerarquía constitucional de vigencia transitoria que más adelante serían

²¹⁷ González, Luis E., "Transición y restauración...", cit., 113.

²¹⁸ Achard reconstruyó en parte las negociaciones a partir de testimonios de participantes ("Las actas del Club Naval", Achard, D., *La transición...*, cit., 393-433); el análisis de la negociación y su contexto en Gillespie, Ch., *Negociando...*, cit.

sometidas a plebiscito. Los dirigentes colorados presentaron el texto como el acceso a la democracia plena; Ferreira desde su prisión lo cuestionó duramente (él fue el primero que lo llamó "Pacto del Club Naval"²¹⁹), mientras Seregni trataba de religar el lazo simbólico con el Frente histórico de 1971, presentando el acuerdo como la coronación de una estrategia auténticamente frenteamplista.

El primer acto de masas del Frente Amplio ya desproscripto, el 10 de agosto, fue también el símbolo de la reconstrucción de la coalición: fue realizado en la explanada municipal, el mismo escenario del acto fundacional de 1971, y esta vez tuvo a Seregni como único orador.²²⁰ El discurso exponía y justificaba la línea política, jugando en dos planos: por un lado lo planteaba explícitamente, y por otro lo hacía recurriendo a la intertextualidad con el discurso de marzo de 1971 y con la "Oración inaugural" artiguista, de abril de 1813. Así a la vez que describía una situación nueva para la coalición, la revestía con el lenguaje y las fórmulas verbales clásicas en las que sólo cambiaba algunas palabras o a veces, algunos énfasis. Sin duda Seregni podía sentirse satisfecho y los resultados parecían darle la razón: a pesar de las discrepancias el Frente Amplio retuvo a los grupos más radicales, que dentro de la coalición mantuvieron su reclamo por "amnistía general e irrestricta" e incluso llegó a reincorporar a los partidarios de E. Erro (que falleció en París en noviembre, antes de las elecciones). Para el Partido Nacional el anuncio del acuerdo representó la crisis de su estrategia y la dirigencia debió realizar un complejo recorrido, que incluyó una reunión con Ferreira en el cuartel de Trinidad, para convencer a la Convención de que aceptara la obligada renuncia a su candidatura y proclamara una "fórmula sustitutiva".

La propuesta lanzada por Seregni de la realización de una instancia de "concertación" para acordar las políticas que llevaría adelante el próximo gobierno democrático se concretó el 4 de setiembre con la instalación de la "Concertación Nacional Programática" (CONAPRO) con el apoyo de los partidos políticos y de los movimientos sociales. A ella se incorporó el partido Nacional, lo que significaba la reconstrucción de la "Multipartidaria" que había entrado en crisis durante el proceso de negociación con los mandos. Y ya desde setiembre, finalmente comenzó la esperada campaña electoral.

²¹⁹ Ver "Carta de Ferreira Aldunate" en *Búsqueda*, 15 de agosto de 1984, 11. Allí también propuso otra denominación, "Pacto Medina-Sanguinetti", que tuvo menos perduración.

²²⁰ Ver "Texto íntegro del discurso" en *La hora*, 11 de agosto de 1984, págs. 4-7.

Balance y final

Los resultados electorales mostraron que los dialoguistas tenían más respaldo que los radicales: a diferencia de lo ocurrido en 1982, esta vez la oposición moderada obtuvo más apoyo electoral. La explicación de este cambio puede buscarse en un cambio de talante del electorado, o en la diferencia previsible entre los resultados de una elección de participación voluntaria (como fueron las internas de 1982, donde participó el 60% del electorado) y otra de participación obligatoria, como es el caso de la elección nacional. Es razonable suponer que los sectores menos politizados, que no participaron en las internas de 1982, optarían por apoyar las opciones más moderadas que resultaron así las más votadas dos años más tarde. Los resultados admiten otra lectura, si se atiende al hecho de que la afirmación anterior es solo parcialmente válida: es cierto que el partido Colorado, con su opción del "cambio en paz" obtuvo amplia mayoría electoral y revirtió los malos resultados de 1982; pero también creció la votación del Frente Amplio que no sólo recuperó los votantes frenteamplistas de 1971, sino que agregó un alto número de votantes jóvenes que apoyaron una orientación política que había estado proscripta durante toda la dictadura. Cuando llegó el momento de abrir los sobres, el Frente Amplio era el único partido que había crecido, tanto en valores absolutos como relativos, con relación a su presentación electoral de 1971.

Es decir que el resultado fue malo para el partido Nacional y particularmente para el sector que lideraba Ferreira Aldunate, que sólo logró incrementar su electorado en unos 40.000 votos, mientras que el partido Colorado aumentaba más de 250.000 el electorado que lo respaldó en 1982.²²¹ El partido Nacional no logró atraer suficiente electorado conservador como para equilibrar el que incorporaban los colorados, ni más electorado de izquierda que el que captó el FA.

Generalmente se atribuye este resultado negativo a la prisión de W. Ferreira, quien en elecciones sin proscriptos hubiera sido el "seguro ganador"; pero el caso reclama un análisis más matizado. Esa explicación fue descartada por el propio Ferreira Aldunate en su discurso (que él mismo calificó de "autocrítica"), pronunciado en la Explanada Municipal luego de su liberación. Según Ferreira, su prisión incidió en las opciones tácticas del partido, pero eso no fue lo decisivo porque "gracias a Dios [el partido Nacional] encontró un candidato que hubiera podido ser el más grande de los presidentes de la historia del país."²²² Por eso, la explicación debe buscarse en otra parte:

²²¹ Resultados de 1982: PN: 619.945; PC: 527.562; en blanco: 85.373. Resultados de 1984: PN: 660.773; PC: 777.701; FA: 401.104. (Fuente: FCS: Área Política y Relaciones Internacionales. Banco de Datos. <http://www.fcs.edu.uy/pri/electorales.html>).

²²² Las citas del discurso de Ferreira corresponden a *La Democracia*, 7/XII/1984, págs. 10-13. También puede consultarse en http://www.anep.edu.uy/historia/material_apoyo_2.html, págs. 331-340.

"Yo tengo la impresión, digámoslo con claridad, de que nosotros sostuvimos un estilo, tuvimos una visión del país que no coincidió con la propia visión del país que tenían mayoritariamente los uruguayos. Nosotros vimos la realidad nacional con ojos diferentes, que aquellos con las que la miró el pueblo oriental en su mayoría. La solución más sencilla hubiera sido cambiar para amoldarnos a lo que la gente quería. Pero nosotros no somos de aquellos que cambian de pensamiento con tal de ajustar mejor los resultados electorales."²²³

Para Ferreira el problema radicó en la opción discursiva del sector, que insistió con un diagnóstico pesimista de la realidad y en la propuesta de medidas drásticas; pero chocaron con un ánimo diferente del electorado y "asustamos la gente, muchos de los que oyeron esto salieron corriendo a votar a aquellos que no creían en ellos, porque querían salir de la dictadura en paz y tranquilidad, sin aventuras."

Toda autocrítica implica también la corrección del rumbo; aunque Ferreira ratificó en todos sus términos la pertinencia de su planteo crítico de la realidad y lo contrapuso a la superficialidad de la propuesta del "cambio en paz", a continuación dio un sorpresivo viraje a su discurso cuando le prometió la gobernabilidad a Sanguinetti, afirmando: "No hay objetivo más importante que el de consolidar las instituciones democráticas. Y para consolidarlas nosotros vamos a estar detrás del gobierno que el país se ha dado, aunque no nos guste". La autocrítica parece ir más lejos en el tiempo ya que pone en cuestión las actitudes del mismo Ferreira ante los resultados electorales de 1971. Si en aquel momento se enfrentó a Bordaberry denunciando el fraude electoral, ahora contra Sanguinetti una actitud similar tenía todavía más argumentos. Sin embargo, en esta oportunidad Ferreira prefirió aceptar la voluntad del electorado que quería el final de la dictadura; su último reclamo sería la amnistía para todos los presos, un compromiso que proclamó y defendió en ese discurso. A partir de entonces adoptó un discurso más moderado, abandonando las posiciones que había sostenido hasta su llegada a Montevideo. Ese viraje ya sería definitivo y no habría retorno al discurso anterior. Aparentemente su conclusión era que la radicalización del exilio no combinaba con el talante del electorado dentro del país, y debía moderarlo para recuperar sus electores.

La actuación pública de Ferreira en los años siguientes parece agregar más elementos a esta explicación. El discurso de Ferreira tenía un espacio muy estrecho en el campo político, confinado entre el sólido conservadurismo colorado y el más convincente izquierdismo del FA. Sus expectativas de éxito se apoyaban en la captura de la izquierda batllista que históricamente se había mostrado poco ligada al partido Colorado, pero el discurso destinado a captar ese electorado no debía espantar al ala derecha de su partido; es decir que el bipartidismo era una de las condiciones fundamentales para el éxito de esta estrategia electoral. Si esta conjetura es correcta entonces el resultado de 1982 habría estado muy influido por el bipartidismo artificial y la proscripción del Frente Amplio. Estas elecciones internas se parecerían a las elecciones nacionales de 1958, que fueron las últimas donde el partido Nacional pudo captu-

²²³ Ibid.

rar el grueso del electorado que migró del partido Colorado. En cambio, una configuración tripartita reproduce el campo de 1971 donde el FA capturó a los batllistas montevideanos, mientras blancos y colorados se repartieron en partes casi iguales el resto del electorado. De ser válida esta hipótesis, entonces el modesto incremento electoral de Ferreira en las elecciones de 1984 no se explica tanto por su detención como por la existencia, con el FA rehabilitado, de una tercera opción a su izquierda; en esa situación la libertad de Ferreira le hubiera dado alguna posibilidad de revertir el resultado de 1971 y obtener, en el mejor de los casos, una ventaja reducida en un final muy parejo con el coloradismo.

Las elecciones podían dejar múltiples lecturas, pero, en definitiva, había una que se imponía a todas las otras: el Presidente que asumiría el 1º de marzo sería J.M. Sanguinetti y por cinco años sería él quien marcaría el rumbo político. Las dificultades que debía encarar eran enormes ya que el gobierno cívico-militar había resuelto pocos de los problemas del país y había agregado otros nuevos. Pero el régimen no había "caído" como algunos esperaban, sino que había pactado con las fuerzas civiles y mantenía sus antiguas posiciones: el 12 de febrero, cuando Álvarez abandonó la Presidencia, el Gral. Medina declaró públicamente que "...si obligan, que si se dan las mismas causales que se dieron en 1973, no vamos a tener más remedio" que dar un golpe de Estado.²²⁴ Por otra parte, la transición se había negociado con los militares "duros" (a los que se prefería llamar "profesionales"); ahora los "goyistas" abandonaban la JOGG; en marzo de 1985 pasó a retiro el Gral. Bonelli y en mayo lo hizo el Gral. Siqueira. No parecía muy auspiciosa la perspectiva de una democracia bajo permanente amenaza militar, cuando era previsible la profundización de la crisis económica; y un diagnóstico unánimemente compartido era que la crisis arrastraría a la sociedad a posturas radicales que transformarían en efímera la democracia restaurada.

Es interesante repasar el reacomodamiento estratégico que realizó Sanguinetti, acompañado por su partido y ya como Presidente;²²⁵ luego del anuncio de un gabinete "de entonación nacional," recuperó buena parte del discurso anterior al golpe.²²⁶ Reapareció la idea de que la democracia había sido recuperada por los partidos tradicionales y que estaba amenazada por una izquierda radicalizada, un esquema que contradecía la experiencia todavía reciente. Esta redistribución de roles y de responsabilida-

²²⁴ Búsqueda, 14 de febrero de 1985, pág. 5.

²²⁵ Sobre este cambio, ver: Marchesi, A.: "¿'Guerra' o 'Terrorismo de Estado'? Recuerdos enfrentados sobre el pasado reciente uruguayo", en Jelin, E. (comp.): *Las conmemoraciones: Las disputas en las fechas "in-felices"*, (España-Argentina: Siglo XXI, 2002), 101-147; Demasi, C., A. Rico, M. Rossal: "Hechos y sentidos de la política y la pospolítica", en Brando, O. (Coord.), *Uruguay Hoy. Paisaje después del 31 de octubre*, (Montevideo: Ediciones del Caballo Perdido, 2004), 7-77; Rico, A.: *Como nos domina...* cit.; Demasi, C., "Un repaso a la teoría de los dos demonios", en Marchesi, A., Markarian, V., Rico, A. y Yaffé, J., *El presente...*, cit., 67-74.

²²⁶ Años después, hablando de la formación del primer gabinete, comentó Sanguinetti: "En aquel momento hubo un gobierno de coincidencia nacional como yo quería con Ministros blancos decididamente. [...] Frentistas no lo veíamos. Eran blancos y colorados. Wilson sí me habló de la posibilidad de incluirlos en los entes, cosa que en definitiva se hizo" (Achar, D., *La transición...*, cit., 223).

des le permitió a Ferreira recomponer su liderazgo, reinstalarse en el espacio de legitimidad y desplazar nuevamente al Frente Amplio hacia los márgenes del campo de la política. Para lograrlo debieron recomponerse muchas dimensiones del imaginario político: la estrategia de pactos tan criticada por los blancos en agosto de 1984 se legitimó como la "forma uruguaya" de hacer política, y la "governabilidad" (acuerdo entre gobierno y minoría mayor) reemplazó a la "concertación" (acuerdo entre todos los agentes).

La larga transición completada después de 1985 instaló una democracia de características diferentes de la que existiera antes de la dictadura; la índole de los problemas que debía enfrentar era muy diferente de lo que aparecía en 1973, y la reactivación de la política vino acompañada por un reajuste en la configuración partidaria. Si bien esta había cambiado poco en comparación con lo que era en 1970, en cambio habían variado de manera relevante las comunidades interpretativas en cada partido y el sentido común del conjunto. La definición de la democracia como objetivo político introducía una diferencia importante, reforzada por las connotaciones que el concepto había adquirido (y también por las que había dejado de tener). Ya no había espacio para la coincidencia de la democracia con la intervención militar, que parecía tan normal antes del golpe; ni era posible imaginar una reforma constitucional sin plebiscito como había ocurrido con la creación del COSENA. Las organizaciones sociales estaban muy alertas para denunciar las prácticas represivas, y el futuro gobierno democrático tendría poco margen para las violaciones a la constitución que habían sido aceptadas como "naturales" antes del golpe.

A primera vista la izquierda no parecía haber ganado mucho en este campo transformado, y el papel relevante que había desempeñado en la transición parecía quedar olvidado en la batalla política cotidiana; pero podían señalarse como hechos positivos la desarticulación del complejo simbólico que la identificaba con "la subversión", así como la nueva legitimidad obtenida por los partidos que integraban el Frente Amplio. Todo esto significaba que, a pesar de las intenciones, la experiencia acumulada hacía de todo este proceso algo diferente de una "restauración".

Bibliografía.

Archivos consultados

- Archivo del Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República, Montevideo.
- Colección Hugo Cores.
- Colección Guillermo Waksman.

Libros y artículos citados

- AA. VV., *Siete días que conmovieron al Uruguay, Cuadernos de Marcha* N° 68, (Montevideo, 1973).
Achard, Diego, *La transición en Uruguay. Apuntes para su interpretación. Cronología de los hechos. Testimonios de ocho protagonistas. Documentos inéditos.* (Montevideo: Instituto Wilson Ferreira Aldunate, 1992)
Aguirre Bayley, Miguel, *El Frente Amplio. Historia y documentos*, (Montevideo, EBO, 1985)
Batlle, Luis, *Luis Batlle. Pensamiento y acción*, (Montevideo: Arca, 1965), 2 vol.
Benedetti, Mario, *El país de la cola de paja*, (Montevideo: Ediciones Ciudad Vieja, 4ª ed. 1963) 140-141
Broquetas, Magdalena e Isabel Wschebor, "El tiempo de los militares honestos. Acerca de las interpretaciones de febrero de 1973", en Marchesi, A., Markarian, V., Rico, A. y Yaffé, J.: *El presente de la dictadura*, (Montevideo, Trilce, 2004), 75-90.
Caetano, G. y J. Rilla *Breve historia de la dictadura* (Montevideo, EBO - CLAEH, 1987)
Campodónico, Miguel Ángel: *Antes del silencio. Bordaberry. Memorias de un presidente uruguayo*, (Montevideo: Linardi y Risso, 2003)
Convergencia Democrática, *Convergencia Democrática en Uruguay, documentos políticos. La CDU una experiencia unitaria*, (México: Ediciones CDU, 1984)
Corbo, D., *El plebiscito constitucional de 1980*, (Montevideo: Ediciones Puerta de Sur - Fundación Ciudad de Montevideo, 2006).
Cosse, I y V. Markarian, *1975: Año de la Orientalidad. Identidad, memoria e historia en una dictadura*. (Montevideo: Trilce, 1996)
Demasi, C. et al, *El régimen cívico-militar. Cronología comparada de la historia reciente del Uruguay (1973-1980)* T. II, (Montevideo: FCU, 2004)
Demasi, C. et al, *La caída de la democracia. Cronología comparada de la historia reciente del Uruguay (1967-1973)*, T. I (Montevideo, FCU-CEIU, 1995).
Demasi, C., "La reacción de los partidos políticos", *Brecha*, Separata A 30 años del golpe de Estado (I), 6 de junio de 2003, VIII.
Demasi, C., "Un repaso a la bibliografía de Aparicio Saravia", *La Gaceta de la APHUN* N° 32, (Montevideo, 2004, 3-13)
Demasi, C., "Un repaso a la teoría de los dos demonios", en Marchesi, A., Markarian, V., Rico, A. y Yaffé, J., *El presente...*, cit., 67-74.
Demasi, C., A. Rico, M. Rossal: "Hechos y sentidos de la política y la pospolítica", en Brando, O. (Coord.), *Uruguay Hoy. Paisaje después del 31 de octubre*, (Montevideo: Ediciones del Caballo Perdido, 2004), 7-77
Dirección Nacional de Relaciones Públicas, *Transcripción de las actas correspondientes a las sesiones realizadas entre representantes de la Comisión de Asuntos Políticos de las Fuerzas Armadas y representantes de los Partidos Políticos habilitados -Partido Colorado, Partido Nacional y Unión Cívica- en el periodo comprendido entre el 13/5/1983 y el 5/7/1983 en el Parque Hotel, en el marco del diálogo político para la reforma constitucional*, (Montevideo, 6 de agosto de 1983).
Dutrénit, Silvia, *El maremoto militar y el archipiélago partidario*, (Montevideo: Instituto Mora - Ediciones de Ciencias Sociales, 1994.)
Ferreira Aldunate, Wilson, *Obras de Wilson Ferreira Aldunate. T. I, La lucha por la libertad*, (Montevideo: Cámara de Representantes, 1993)
Ferreira, Juan R. (recop.), *Wilson Ferreira Aldunate. Discursos, conferencias y entrevistas*, (Talleres Gráficos Sarandi, 1984)
Fish, S. "¿Hay un texto en esta clase?" en Palti, E. J., *Giro Lingüístico e historia intelectual* (Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1998)
Gatto, H.: *El cielo por asalto*, (Montevideo: Taurus, 2001).
Gillespie, Ch., "Desentrañando la crisis de la democracia uruguaya", en Gillespie, Ch., L. Goodman, J. Rial, P. Winn (Compiladores), *Uruguay y la democracia*, Montevideo: EBO, 1984; I, 109-140.
Gillespie, Charles, *Negociando la democracia. Políticos y generales en Uruguay*, (Montevideo: FCU-ICP, 1995)
Goicoechea, Gastón, "El recurso del miedo", *Cuadernos de la historia reciente*, 3 (Montevideo, EBO, 2007), 45-60
González, Luis E., "Transición y restauración democrática", en Charles Gillespie, Louis Goodman, Juan Rial y Peter Winn, eds., *Uruguay y la democracia*, (Montevideo: EBO, 1984) 3: 101 -120.
Gonzalez, Luis E., *Estructuras políticas y democracia en Uruguay*, (Montevideo: FCU - ICP, 1993)
González, Luis E., *Uruguay: una apertura inesperada. Un análisis del plebiscito de 1980*, (Montevideo: EBO - CIEDUR, 1984)
Habermas, J., *Identidades nacionales y postnacionales*, (Madrid: Tecnos, 1998)
Habermas, J., *L'espacio public* (Paris: Payot, 1993)
Handelman, H., *Economic Policy and Elite Pressures in Uruguay*, Reports, (AUFS, 1979/N° 27 South America)
Lessa, A.: *La revolución imposible*, (Montevideo: Fin de siglo, 2001).
Lessa, Alfonso, *Estado de guerra*, (Montevideo: Fin de Siglo, 2003)
Liliana de Riz: "Uruguay: la transición desde una perspectiva comparada", en Gillespie Ch., L. Goodman, J. Rial, P. Winn: *Uruguay y la democracia* (Montevideo, EBO, 1985), III, 121-139.
Maiztegui, L.: *Orientales. Una historia política del Uruguay T. 4*, (Montevideo: Planeta, 2008).
Marchesi, A.: "¿'Guerra' o 'Terrorismo de Estado'?" Recuerdos enfrentados sobre el pasado reciente uruguayo", en Jelín, E. (comp.): *Las conmemoraciones: Las disputas en las fechas "in-felices"*, (España-Argentina: Siglo XXI, 2002), 101-147.
Marchesi, Aldo, *El Uruguay inventado: la política audiovisual de la dictadura, reflexiones sobre su imaginario* (Montevideo: Ediciones Trilce, 2001).
Markarian, V., *Idos y recién llegados: La izquierda uruguaya en el exilio y las redes transnacionales de derechos humanos*, (México: Ediciones La Vasija/Correo del Maestro-CEIU, 2006), 41.
O'Donnell, Guillermo y Philippe Schmitter: *Transiciones desde un gobierno autoritario. Conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas*, (Buenos Aires: Paidós, 1991), IV.
Panizza, F., *Uruguay: batllismo y después. Pacheco, militares y tupamaros en la crisis del Uruguay batllista*, (Montevideo: EBO, 1990).
Perelli, Carina y J. Rial: *De mitos y memorias políticas*, (Montevideo: EBO, 1986).
Pérez Pérez, Alberto, *La Ley de lemas: contenido-alcance-inconvenientes-sugerencias para su reforma. Apéndice: Proyecto de Ley constitucional presentado por los representantes nacionales Dr. Hugo Batalla y Sr. Nelson Alonso* (Montevideo, FCU, 1971).
Posadas, Juan M., *Memorias del regreso*, (Montevideo: Fin de Siglo, 1993).
Quijano, Carlos, *Carlos Quijano, los años del exilio, Cuadernos de Marcha*, 3ª época, N° 1, (Montevideo 1985).
Quijano, Carlos, *Escritos políticos. I*, en *Cuadernos de Marcha*, 3ª época N° 2, (Montevideo, 1985).
Rama, Germán W., *El Club político*, (Montevideo, Arca, 1971).
Real de Azúa, Carlos, "Política, poder y partidos en el Uruguay de hoy", en AA. VV., *Uruguay hoy* (Buenos Aires: Siglo XXI, 1971).

- Rial, Juan: "Los partidos políticos: ¿restauración o renovación?", en Rial, J.: *Partidos políticos, democracia y autoritarismo* (Montevideo: EBO-CIESU, 1984), II, 51-89.
- Rial, Juan, *Partidos políticos, democracia y autoritarismo* (Montevideo: Ciesu-EBO, 1984), 2 vols.
- Rico, Álvaro, (Coordinador); *Investigación histórica sobre detenidos desaparecidos. En cumplimiento del Artículo 4º de la Ley 15.848*, (Montevideo: Presidencia de la República - IMPO, 2007), 5 vols.
- Rico, Álvaro, (Coordinador), *Investigación histórica sobre la dictadura y el terrorismo de Estado en el Uruguay (1973-1985)*, (Montevideo, Universidad de la República - CSIC - FHCE, 2008), 3 vol.
- Rico, Álvaro, "Del Estado de derecho al Estado de policía. Uruguay 1967-1973", en AA. VV., *Estado de Derecho y Estado de excepción. Alemania y Uruguay: las décadas violentas*, (Montevideo: I. Goethe - F. de Derecho - Trilce, 1999).
- Rico, Álvaro, *1968: El liberalismo conservador* (Montevideo: EBO-FHC, 1989).
- Rico, Álvaro, *Cómo nos domina la clase gobernante: Orden político y obediencia social en la democracia postdictadura, Uruguay, 1985-2005* (Montevideo: Trilce, 2005).
- Rico, Álvaro, et al., *15 días que estremecieron al Uruguay. Golpe de Estado y huelga general. 27 de junio - 11 de julio de 1973*, (Montevideo: Fin de Siglo, 2005).
- Seregni, Liber, *Colección Liber Seregni Tomo III: "Los años de prisión bajo la dictadura (1973-1984)*, (Montevideo, Taurus, 2009).
- Solari, Aldo, *Uruguay. Partidos políticos y sistema electoral*, (Montevideo: FCU, 1991).
- Vasconcellos, A., *Febrero Amargo* (Montevideo, Vanguardia, 1973).
- Audiovisuales**
- Abend, C: *El comienzo del fin*, video, (Montevideo: UCUDAL, diciembre 2001).
- Pellicer, J.: *Historia de la Música Popular Uruguaya*, video, (Montevideo: Altamira Productora de Imagen, 2009).

Diarios y publicaciones periódicas

Publicados en Uruguay:

- Diario Acción
- Diario Ahora
- Diario El Día
- Diario El País
- Diario El Popular
- Diario La hora
- Diario La Mañana
- Revista Estudios
- Semanario Búsqueda
- Semanario Jaque
- Semanario La Democracia
- Semanario Marcha
- Semanario Opción
- Semanario Opinar
- Semanario Opinión Nacionalista

Publicados en el exterior:

- Desde Uruguay (s/d)
- El Día (México)
- Informes y testimonios (Venezuela)
- La Opinión (Buenos Aires)
- Nuevo tiempo (Buenos Aires)

PROCESO ECONÓMICO Y POLÍTICA ECONÓMICA DURANTE LA DICTADURA (1973-1984)*

Jaime Yaffé **

* Los apartados segundo y tercero de este capítulo están basados en la sección respectiva del informe final del proyecto de investigación "El régimen cívico-militar uruguayo (1973-1985)" financiado por el Fondo Profesor Clemente Estable (DICyT-MEC) y desarrollado en la Universidad de la República entre noviembre de 2005 y noviembre de 2007. Para la elaboración de la mayor parte de los cuadros y gráficos que se presentan y discuten a lo largo del capítulo se contó con una base de datos elaborada especialmente por el economista Sebastián Fleitas, quien además colaboró con una lectura atenta de la primera versión del texto. Por su parte, Paola Azar puso a disposición la información relativa a ingresos y gasto público. El texto se benefició con los comentarios recibidos del Prof. Benjamin Nahum. A todos ellos se agradece por los comentarios y sugerencias formuladas, al tiempo que se los exime de responsabilidad por los contenidos del texto.

** Docente en Régimen de Dedicación Total de la Universidad de la República. Profesor Adjunto de Historia del Uruguay Contemporáneo en la Facultad de Ciencias Sociales y de Historia Económica Universal e Historia Económica del Uruguay en la Facultad de Ciencias Económicas y de Administración. Investigador del Instituto de Ciencia Política. Integrante del Sistema Nacional de Investigadores.

